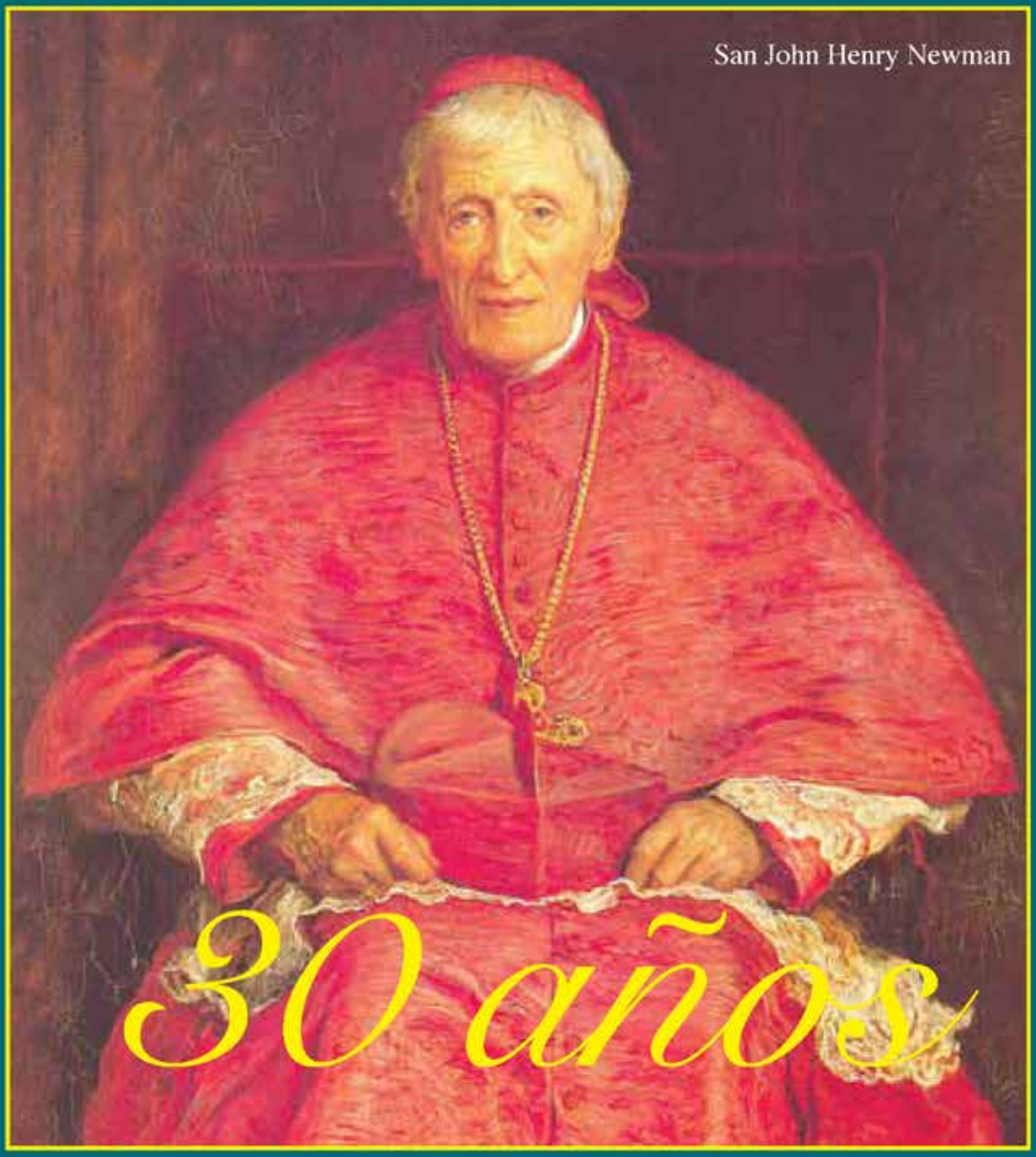
ISSN: 0327-5876

NEWMANIANA

AÑO XXX - NÚMERO 78

NOVIEMBRE 2020



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA

Año XXX - N° 78
Noviembre 2020

Director
Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción
Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño preprensa
Pm Desarrollos Editoriales

Impresión
Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
amigosdenewman@gmail.com
cavallerfm@gmail.com

EDITORIAL
- Los dos advientos 3

SERMONES
- La asistencia a la Santa Comunión 7
- El templo visible..... 17

POESÍA
- Las cicatrices del pecado..... 30

ARTÍCULOS
- El Adviento como anticipo del Juicio Final.....13
- Doctor de la conciencia 24
- Newman acerca del islam y los turcos..... 32

CARTAS
- Respeto a la religión y respeto al cónyuge 45

San John Henry Newman,

tú fuiste llevado por el camino de la Luz amable de la Verdad, para poder ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo; fuiste un elocuente maestro de esa Verdad y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en tu celestial intercesión te rogamos por la siguiente intención:

[pedir aquí la gracia]

Por tu conocimiento de los misterios de la fe, tu celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y tu amor sacerdotal para con tus hijos, atiende nuestra ferviente oración.

Amén.

En nuestro aniversario 30° tenemos la alegría de poder presentar nuestra página web

www.amigosdenewman.com.ar

con un nuevo diseño, esperando ofrecer un instrumento de mejor información en el mundo hispano hablante y estrechar vínculos de amistad newmaniana más allá de nuestras fronteras.

LOS DOS ADVIENTOS

Este número de Newmaniana estará llegando a nuestros lectores al comienzo del Adviento, tiempo preparatorio a la celebración de la Navidad. Pero la Iglesia nos enseña, ya en el primer domingo de Adviento, que debemos contemplar desde la fe la primera venida de Cristo que ya ocurrió en Belén, uniéndola a la segunda venida de Cristo que ocurrirá al fin de los tiempos. Vivimos en medio de ambas venidas. San John Henry Newman nos ayuda en estos sermones a esperar a Cristo atentos a esta doble manifestación, pasada y futura, para hacerlas presentes en nuestros días. ¡Feliz Navidad a todos, *cor ad cor!*

EL PRIMER ADVIENTO: LA NAVIDAD

Celebrar al Dios invisible hecho visible

La adoración de los Magos, de Rubens (detalle).

Existen dos mundos, "el visible y el invisible", como habla el Credo, el mundo que vemos y el mundo que no vemos; y el mundo que no vemos existe tan realmente como el mundo que vemos… Parece, entonces, que las cosas visibles no son más que una parte, y una parte secundaria, de los seres que nos rodean, desde que Dios Todopoderoso, el Ser de los seres, no está entre ellas, sino entre "las cosas que no se ven". Una sola vez, y sólo una, por treinta y tres años, condescendió llegar a ser uno de los seres que se ven, cuando Él, la Segunda Persona de la Trinidad eternamente bendita, por una inexplicable misericordia, nació de la Virgen María en este mundo visible. Y luego fue visto, oído, palpado; comió, bebió, durmió, conversó, se manejó y actuó como otros hombres… Vino y se retiró detrás del velo… Y sin embargo "vive eternamente".

(*El mundo invisible*, PPS IV,13, 16 de julio de 1837)

Celebrar la Gloria oculta en la humildad

De todos los pensamientos que surgen en la mente cuando contempla la morada de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra, quizás ninguno es más conmovedor y dominante que la oscuridad que lo envolvía y el secreto que guardó. Esta característica de Su primer adviento está referida muy frecuentemente en la Escritura, como en el texto "la luz brilló en las tinieblas, y las

tinieblas no la recibieron" (Jn 1, 5), y en contraste con lo que se dice sobre Su segundo adviento. Entonces "todo ojo le verá" (Apo 1, 7), lo cual implica que todos le reconocerán, mientras que cuando vino por primera vez, aunque muchos le vieron, pocos ciertamente percibieron quién era… Los ricos no son despreciados por el mundo, y los pobres sí. Si hubiera venido como un gran príncipe o noble, el mundo, sin saber nada que era Dios, le habría mirado y honrado al menos por ser un príncipe. Pero al venir en un estado de abajamiento cargó sobre Sí una humillación adicional: *el desprecio*, ser despreciado, desdeñado, pasado por alto rudamente, profanado por Sus creaturas brutalmente.

¿Cuáles fueron las verdaderas circunstancias de Su venida? Su Madre es una mujer pobre, que llega a Belén para ser censada, viajando, cuando su deseo hubiera sido quedarse en su casa. No encuentra lugar en la posada, y es obligada a ubicarse en un establo. Da a luz su primogénito y lo acuesta en un pesebre. Ese niño pequeño, así nacido, así ubicado, no es otro que el Creador de cielos y tierra, el Hijo Eterno de Dios. Nació de una mujer pobre, yació en un pesebre, criado para el bajo oficio de carpintero, cuando comenzó a predicar el Evangelio no tenía dónde reclinar su cabeza, y por último fue condenado a muerte, una infame y terrible muerte, la que sufrían los criminales. Predicó el Evangelio durante los últimos años de Su vida, como leemos en la Escritura, pero no comenzó a hacerlo hasta que tuvo treinta años. Durante esos treinta años parece haber vivido como vive hoy un hombre pobre. Día tras día, una estación tras otra, invierno y verano, un año después de otro, pasaron como nos ocurre a cualquiera de nosotros. De ser un bebé en brazos se convirtió en niño y luego en un muchacho, y así creció "como una tierna planta" en estatura y sabiduría. Y entonces parece haber seguido el trabajo de José, su padre adoptivo, continuando de forma ordinaria sin ningún gran acontecimiento hasta que tuvo treinta años….

Hubo, sin duda, razones profundas y sabias del consejo divino para que continuara tanto tiempo en la oscuridad. Sólo quiero decir que *nosotros* no las conocemos. Se vestía como otros, comía y bebía como todos, iba y venía, hablaba, caminaba, y dormía como los demás. Era en todos los aspectos un hombre, excepto en no tener pecado, pero esta gran diferencia la mayoría no la detectaba, porque ninguno de nosotros comprende a quienes son mucho mejores que uno. De modo que Cristo, el Hijo de Dios sin pecado, podría estar viviendo junto a nosotros y no lo descubriríamos… Cuanto más santo es un hombre, menos comprendido es por los hombres del mundo… Esto, digo, es lo que le pasó a nuestro Señor. Era santísimo, pero "la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron".

(*Cristo oculto del mundo,* PPS IV,16, 25 de diciembre de 1837)

EL SEGUNDO ADVIENTO: *LA PARUSÍA*

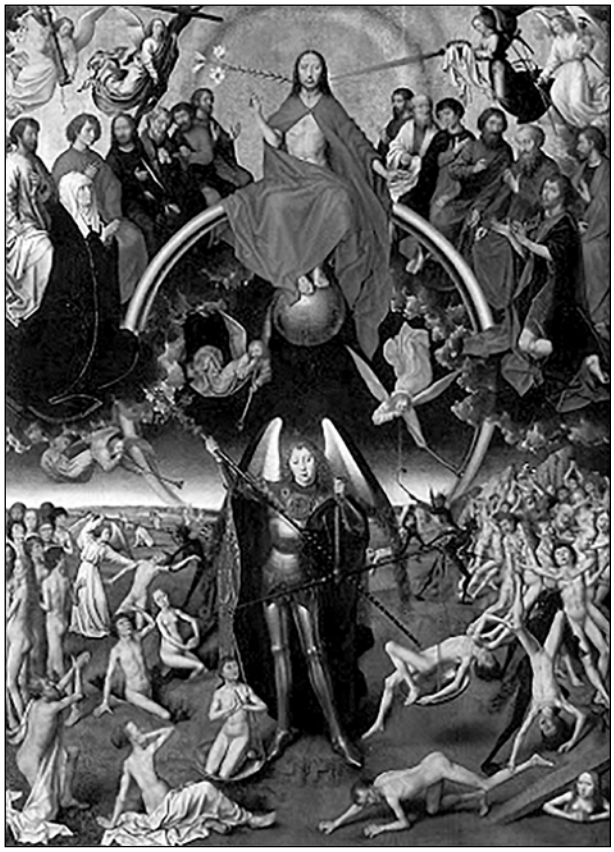
Esperar la manifestación visible y gloriosa

'Sí, pronto vendré' ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! (Apo 22, 20)… Aunque parece tardar, el Señor ha declarado que su venida es rápida y nos ha invitado a velar continuamente esperándola... como algo que puede llegar en cualquier momento, a pesar de que la Iglesia haya esperado

casi dos mil años. Si es verdad que los cristianos le han esperado cuando no venía, es también muy cierto que cuando venga, el mundo no le esperará... no acertará a ver los signos de su venida cuando los tenga ante sus ojos... Es preferible pensar mil veces en que Él viene cuando no viene, que pensar una sola vez en que no viene cuando está viniendo realmente. Esta es la diferencia entre la Escritura y el mundo. Si juzgáis por la Sagrada Escritura esperaréis siempre a Cristo; si juzgáis por el mundo, no le esperaréis nunca…

Desde que el cristianismo vino a este mundo ha estado, de alguna manera, saliendo de él... a cualquier edad, cuando llega, se la puede llamar "los últimos tiempos"… Es bueno vivir como si el final humano hubiera de tener lugar en nuestros días, cualquier día. Es como un enfermo desahuciado que puede morir en cualquier momento... como un artefacto bélico que va a estallar en cuestión de instantes; como esperar que suene un reloj... como un puente ruinoso que no comprendemos cómo sigue en pie... Así se arrastra este débil mundo, y un buen día, antes de que miremos donde estamos, vendrá el final… Cristo se halla siempre a nuestra puerta, lo mismo hace dieciocho siglos que ahora; y ahora no más cerca que entonces, y no más cerca cuando venga que lo está ahora… Se encuentra siempre a mano, aunque de hecho todavía no haya vuelto. Nunca se ha ido del todo y nunca acaba de venir.

…Prefiero ser la persona que, por amor a Cristo y falta de ciencia, piensa que una extraña señal en el cielo, un cometa o un meteoro, son signos de su venida, a ser el hombre que por mucha ciencia y por falta de amor se burla de mi equivocación… Mejor es equivocarnos en nuestra vigilia que no vigilar en absoluto… El verdadero cristiano capta del libro del Apocalipsis lo suficiente como para saber no lo que vendrá sino que ahora, como siempre, bajo esta escena visible discurre oculta una corriente sobrenatural. Y por tanto, espera a Cristo, espera sus acciones providentes, espera su venida.



El juicio final, de Hans Memling, siglo XV, retablo (detalle).

(*Esperando a Cristo,* PPS VI,17, 21 de noviembre de 1840)

Vigilar la llegada definitva

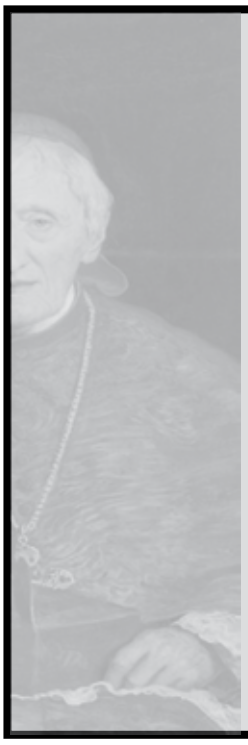
"Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento" (Mc 13, 33). Nuestro Señor previó el estado del mundo y de la Iglesia tal como lo vemos hoy, cuando Su prolongada ausencia ha hecho pensar prácticamente que nunca más volverá su presencia visible. Por eso, misericordiosamente nos murmura al oído que no confiemos en lo que se ve, que no compartamos la incredulidad general, que no

nos dejemos llevar por el mundo, sino que "estemos atentos, vigilemos, oremos", y busquemos su venida… ¿Qué es *vigilar* aguardando a Cristo?... ¿Conocéis el sentimiento en asuntos de esta vida, cuando esperamos a un amigo, aguardando que llegue y se demora? ¿Conocéis lo que es estar ansiosos de que pase algo que puede ocurrir o no, y que es la primera cosa en lo que pensáis en la mañana? Vigilar aguardando a Cristo es un sentimiento como estos… Es vivir pensando en Cristo, cómo vino una vez y cómo vendrá nuevamente, y desear su segunda venida desde nuestro recuerdo afectuoso y agradecido de la primera…

Esto es lo que los hombres necesitan… Tienen un número de buenas cualidades y son, en cierto sentido y hasta cierto punto, religiosos, pero no vigilan… Sirven a Dios y le buscan, pero miran al mundo presente como si fuera eterno, y nunca contemplan la perspectiva de ser separados de él… Pueden mejorar en la conducta pero no en el anhelo. Avanzan pero no suben, se mueven en un nivel bajo y si pudieran moverse así durante siglos, no se levantarían por encima de la atmósfera de este mundo… Se sienten muy bien como están, y desean servir a Dios como están. Están satisfechos con permanecer en la tierra, no desean moverse, no desean cambiar… Cristo nos ha advertido sobre este peligro de una religiosidad mundana, esa mezcla de religión y falta de fe…

Los años pasan silenciosamente y la llegada de Cristo está cada vez más cerca de lo que estaba. Hermanos, rogadle que os dé un corazón para buscarlo con sinceridad… Rezad para que os dé lo que la Escritura llama "un corazón honesto y bueno", "un corazón perfecto", y sin esperar, comenzad inmediatamente a obedecerle con el mejor corazón que tengáis… La vida es corta, la muerte es cierta, y el mundo venidero es eterno.●–

(*Vigilar*, PPS IV,22, 3 de diciembre de 1837)



PEDIDO

Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7
CBU 0720094688000005108772
CUIL 20-08288279-1

Parochial and Plain Sermons, vol VII, 11, pp.146-159
Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 27 de febrero de 1831

La asistencia a la Santa Comunión

Traducción y comentario
FERNANDO MARÍA CAVALLER

Comentario previo al sermón

En la práctica de la Iglesia Anglicana, todas las celebraciones se denominaban *Holy Communion* (Santa Comunión) o *Communion Service* (Servicio de Comunión), aunque no hubiese comunión de los fieles siempre. Por eso, el sermón habla de "attendance" (asistencia). Las celebraciones solían ser en las iglesias importantes dos cada domingo, en Navidad y Viernes Santo, el primer día de Cuaresma, cada día de la Semana Santa, y en algunas fiestas de los santos. Pero no eran siempre celebraciones eucarísticas. Dice Newman que "el sacramento de la Cena del Señor era administrado 12 veces en el año".[1] En 1830, dos años después de ser nombrado a cargo de la Iglesia St. Mary, la parroquia de la Universidad de Oxford, comenzó a celebrar la liturgia de las Fiestas, que estaba relegada al olvido. En 1838 instituyó la celebración semanal de la Eucaristía, a las 7.00 de la mañana del domingo, y más tarde introdujo la celebración diaria. Impresiona la fe que Newman tenía en la Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, siendo todavía anglicano. Por eso, encontramos varios sermones eucarísticos, donde enseña esa Presencia con toda claridad, y urge a sus fieles a comulgar con frecuencia, señalando a la vez la verdadera disposición anterior y la coherente actitud posterior a la recepción.

1 LD III, 11-12.

LA ASISTENCIA A LA SANTA COMUNIÓN

Vosotros no queréis venir a Mí para tener vida
(Jn 5, 40)

San Juan nos dice en la Epístola de hoy, que "Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en Su Hijo. Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo, no tiene la vida" (1 Jn 5, 11-12). Sin embargo, en el texto que comentamos el Hijo mismo, nuestro Salvador, protesta triste y solemnemente de sus propios hermanos: "Vosotros no queréis venir a Mí para tener vida". "Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron" (Jn 1, 11). Sabemos por la historia, como una cuestión de hecho, que ellos no lo recibieron, que no vinieron a Él cuando Él vino a ellos; pero en el texto dice que no vendrían, que no querían venir, insinuando que ellos, y nadie más que ellos, eran la causa de no ir.

¿No parece un claro instinto natural que cada uno busque su propio bien? ¿Qué significa entonces este desgano del más grande de los bienes, que es la vida, un desgano que, si nos guiamos por la luz de la Escritura y por la experiencia, podemos afirmar con confianza que prevalece hasta hoy tan extendido y pleno como en la época en que Cristo lo dijo?

Aquí no se trata de una comparación de un bien con otro bien. No podemos justificar esta des-

preocupación acerca del don de Cristo alegando que ya tenemos un tesoro suficiente en nuestras manos, y que por ende no estamos interesados por la novedad de uno más grande. Nada de eso, pues ¿no está el mundo llevándose continuamente sus propios dones, cualesquiera sean, y enseñándonos hasta el cansancio, y presionándonos inoportunamente, para que nos demos cuenta de su propia nada? ¿Y no confesamos que esa vida eterna es el mejor de lo bienes que se puedan concebir, ante el cual ningún otro merece ser mencionado, pero sin embargo vivimos para el mundo?

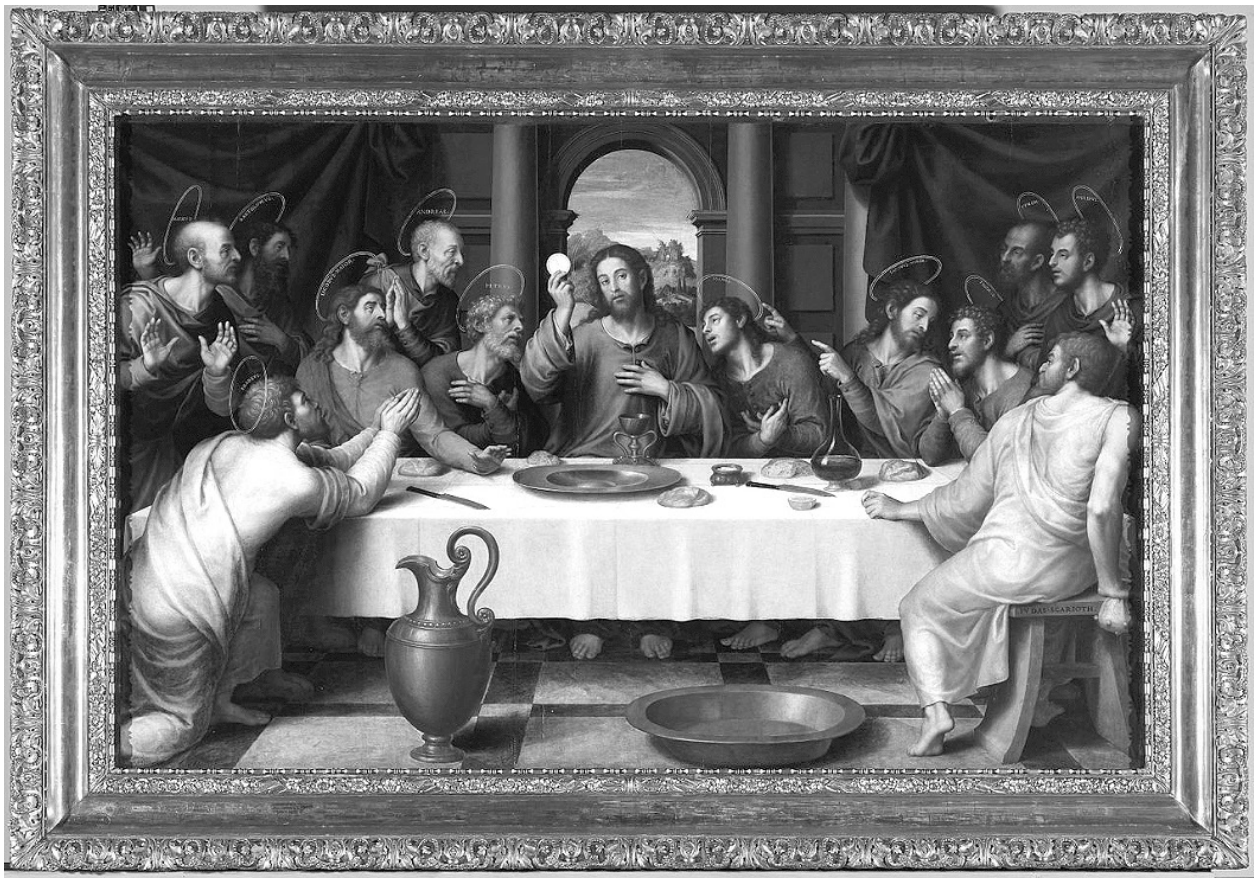
Más aun, el pecado también nos advierte que no confiemos en sus atractivos, y, como el viejo profeta de Betel, se ve forzado a ser testigo contra sí mismo, y denunciar en nombre del Señor los juicios del Señor sobre nosotros. Mientras nos seduce, nos aguijonea con el remordimiento, e incluso cuando es vencido el sentimiento de culpa, aun así, se nos impone la miseria de pecar en las decepciones interiores y los castigos temporales que siguen comúnmente a la transgresión. Y, sin embargo, no vamos a Cristo para poder tener vida.

Además, no es que Dios nos trate como siervos y esclavos. No nos pone una carga por encima de nuestras fuerzas. No nos rechaza de Su Presencia hasta que hayamos preparado alguna ofrenda para traer ante Él, o haber hecho algún buen progreso en el camino de la vida. No. Él ha comenzado Su trato con nosotros con especiales y espontáneos actos de misericordia. Por una inconcebible bondad, nos ha enviado a Su Hijo para que sea nuestra vida. Lejos de pedir algún don de nuestras manos en primera instancia, nos ha tomado a cargo desde nuestra infancia, y nos ha concedido libremente "todo cuanto se refiere a la vida y a la piedad" (2 Pe 1, 3). Ha sido urgente con nosotros en la misma mañana de nuestros días, y con la plenitud de su gracia se ha anticipado a las primeras agitaciones del orgullo y la lujuria, mientras todavía el pecado estaba dormido en nosotros.[2] ¿No es así? ¿Qué más podría haber sido hecho por nosotros? Y, sin embargo, a pesar de todo esto, los hombres no vienen a Él para poder tener vida.

Es esto tan extraño, que personas reflexivas están tentadas a veces de suponer que la masa de la humanidad no conoce suficientemente cuál es su obligación, y que necesitan enseñanza para ser obedientes. Y otros imaginan que, si las doctrinas del Evangelio les fueran puestas delante de ellos de manera vigorosa y persuasiva, esto serviría como medio de despertarlos a un sentido habitual de su verdadero estado. Pero la ignorancia no es la verdadera causa por la cual los hombres no vienen a Cristo.

¿Quiénes son estos marginados voluntarios del favor de Cristo, de los que hablo? No penséis que expreso algo fuerte, hermanos míos, cuando os digo que estoy hablando de algunos de aquellos que ahora me escuchan. No me atrevo a marcar la línea divisoria en ningún lado, ni tampoco imagino que pudiese dar alguna regla para saber con certeza quién viene a Él de corazón y espíritu, y quién no. Pero estoy bastante seguro que muchos, que no se atreverían a abandonar su interés por el Evangelio, y profesan compartir su suerte con Cristo, y confían en Su muerte para su salvación, sin embargo, no le buscan realmente para tener vida, a pesar de sus bellos discursos. Digo que estoy bien capacitado para saberlo, porque, de hecho, Él nos ha mostrado cómo venir a Él, y veo que los hombres no vienen a Él del modo que Él ha señalado. Nos ha mostrado que venir a Él para tener vida es una acción literalmente corporal, no una mera figura, no un mero movimiento del corazón hacia Él, sino una acción visible de los miembros del cuerpo; no una mera fe secreta, sino venir a la iglesia, pasar a lo largo de la nave hacia Su santa mesa, arrodillarse allí ante Él, y recibir el don de la vida eterna bajo la forma del pan y del vino. No puede haber ningún error sobre Sus propias palabras. Dijo ciertamente: "El que venga a Mí no tendrá hambre", pero luego explicó qué era este venir, agregando: "El que me coma vivirá

2 Se refiere al bautismo.



La Última Cena, Juan de Juanes, c. 1562, óleo sobre tabla, 116 × 191 cm, Museo del Prado, Madrid.

por Mí" (Jn 6, 34.57). Entonces, si alguien no le busca a donde Él está, no hay provecho en buscarle donde no está. ¿Cuál es el bien de sentarse en casa buscándole, cuando Su Presencia está en la santa Eucaristía? Tal obstinación se parece al pecado de los israelitas que fueron a buscar el maná a la hora en que no se les daba. ¿No puede Aquel que da el don, prescribir el lugar y el modo para darlo?

Observad qué clara y convincente es la prueba de lo que he estado diciendo. Nuestro Señor declara: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis Su sangre, no tenéis vida en vosotros" (Jn 6, 53). Vida que es el don que Él ofrece en el texto, y que también dice del pan que ha partido, "Esto es Mi Cuerpo", y de la copa, "Esta es Mi Sangre". ¿No queda muy claro, entonces, que, si rehusamos comer ese Pan y beber esa Copa, estamos rehusando venir a Él para tener vida?

La verdadera razón de por qué hay gente que no vendrá a la Santa Comunión es esta: no quieren llevar una vida religiosa, no les gusta prometer llevar una vida religiosa, y piensan que ese Santo Sacramento los ata para hacer eso, para vivir mucho más estricta y atentamente que lo que hacen ahora. Tomar en consideración tanto como queramos una apropiada desconfianza de sí mismos, un razonable temor, el peso de pecados pasados, un conocimiento imperfecto, y otras causas, es, después de todo en muchos casos, una repugnancia a soportar, o al menos a prometer soportar, el yugo de Cristo; una repugnancia a abandonar el servicio al pecado de una vez por todas; un constante amor a su propia comodidad, a su propia voluntad, a la indolencia, a los hábitos carnales, a la buena opinión de personas a quienes no respetan, a una desconfianza en poder perseverar en los santos propósitos, fundados en un recelo acerca de su actual sinceridad. Este es el por qué los

hombres no vienen a Cristo para la vida; saben que Él no se comunicará con ellos, a menos que ellos consientan en dedicarse a Él.

¿De qué modo Él se les ofrece en la Santa Comunión? A través de los mandamientos y preceptos de la Ley. Primero, somos advertidos contra el pecado interior, y llamados a hacer un examen; sigue una semana de preparación; después, cuando llega el momento de la celebración, oímos leer los Mandamientos y somos exhortados a dejar todo lo que puede ofender a Dios; confesamos nuestros pecados y nuestro profundo dolor por ellos; finalmente, después de ser admitidos al Sacramento, nos comprometemos expresamente a servir a nuestro Señor y Salvador. Sin duda, esto es lo que un corazón no regenerado no puede soportar, la idea misma de dejar el pecado del todo y para siempre. Y por eso, aunque una voz bondadosa y clara clama siempre desde el altar, "Venid a Mí, y Yo os aliviaré" (Mt 11, 28), y será siempre verdad que este alivio es nada menos que la vida, la vida eterna, recordamos las palabras que siguen, "Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí" (Mt 11, 29), y en el acto murmuramos y nos quejamos, como si el don fuese menos bondadoso, cargado de condiciones, y difícil de obtener, sólo porque está dado del único modo en que un Señor justo podía darlo: con justicia.

Los hombres prefieren renunciar a una promesa que los involucra en las amenazas que la rodean. Brillante y atractivo como es el tesoro que nos presenta el Evangelio, la perla de gran valor yace en su origen profundo, en el fondo del océano. La vemos y conocemos su valor, pero no muchos se atreven a sumergirse para traerla de allí. ¿Qué recompensa ofrecida al buceador podrá superar el peligro inminente de una muerte espantosa?, y ¿qué premio prometido a aquellos que aman el pecado, y cuya vida misma consiste en hábitos y prácticas carentes de religión, puede conformarles con la destrucción cierta de lo que les deleita, y la necesaria aniquilación de todas sus complacencias y disfrutes favoritos que son contrarios a la regla del Evangelio? No supongamos que cualquier exhortación inducirá a tales personas a cambiar de conducta; confiesan el valor el alma, la obligación de obedecer, y el peligro si no lo hacen, pero el actual sacrificio que se les pide por todo eso es demasiado para ellos. Se les puede hablar del amor que el Señor les tiene, de Su misericordia abnegada cuando estaba en la tierra, de Sus dones libérrimos, y de Su largo sufrimiento, pero no serán influenciados. ¿Y por qué? Porque la falla está en el corazón; no quieren servir a Dios. Ellos saben muy bien lo que tendrían si pudieran elegir. Se nos dice que Cristo ha hecho todo por nosotros. Pero ellos dicen: "Nada de eso. Él no es un Mediador apropiado a nuestro caso. Dar vida, dar santidad, dar la verdad, dar un Salvador que nos libre del pecado, no es suficiente. No, nosotros queremos un Salvador que nos libre en pecado. Esto es lo que necesitamos. Es poca cosa ofrecernos vida, si está en el camino de los mandamientos de Dios; es una burla a nuestras esperanzas llamarlo un don gratuito, cuando, de hecho, es un yugo pesado. Queremos no hacer nada, y entonces el don será verdaderamente gratuito. Si nuestros corazones deben cambiar para capacitarnos para el cielo, que cambien, pero que no tengamos dificultades en la obra. Que el cambio sea parte de la obra hecha para nosotros, que seamos literalmente arcilla en las manos del alfarero, que durmamos, soñemos, y despertemos en la mañana como hombres nuevos, que no tengamos temor ni temblor, ni trabajo ni negación de sí, por nuestra salvación. Que Cristo sufra, pero que lo nuestro sea sólo alegría. Lo que queremos es estar a gusto, tener todo a nuestro modo, gozar tanto de este mundo como del futuro, ser felices enseguida. Si el Evangelio promete eso, lo aceptamos; pero si no, es sólo esclavitud, no es persuasivo, y no será aceptado por nosotros". Así es el lenguaje de los corazones de los hombres, aunque sus lenguas no lo digan; un lenguaje muy desagradecido, profano y pecaminoso.

Recomiendo una seria atención de estas reflexiones a aquellos que viven descuidando la Santa Comunión. Pero, ¡ay!, no debo dejar el tema sin dar algunas precauciones a los que son

practicantes de la misma. Ojalá que ninguno de nosotros las necesitara, pero el mejor de nosotros está en guerra, y sufriendo pruebas, de modo que no vamos a empeorar si las tenemos en cuenta. No necesito recordaros, hermanos míos, que existe un peligro vinculado a la recepción indigna, y ésta es justo la excusa que muchos invocan para no recibir la Comunión; pero pasa a menudo, como en otros asuntos, que los hombres temen cuando no deberían temer, y no temen cuando deberían temer. Una pequeña consideración nos mostrará esto. ¿Cuál es el peligro de comulgar?, el de venir sin temor, como san Pablo lo implica (1 Cor 11, 27). Es evidente, entonces, que, a pesar de lo que acabo de decir, cuando las personas están en peligro de recibir la Comunión indignamente, comúnmente no sienten ese peligro, porque su verdadero peligro consiste en no temer. Si tuvieran verdadero y religioso temor reverencial al bendito Sacramento, estarían lejos del peligro de recibirlo indignamente.

Queda claro ahora cuándo es que las personas están en peligro de recibir la Eucaristía sin temor ni consideración: no cuando lo hacen por primera vez, sino cuando la han recibido frecuentemente, cuando tienen el hábito de recibirla. Este es el tiempo peligroso.

Cuando un cristiano llega por vez primera a la Santa Comunión, lo hace con reverencia y ansia. Al menos, no supondré el caso de una persona de tan poca seriedad acerca de su alma, y tan profana, como para despreciar lo establecido cuando asiste por primera vez. Pudiera ser, quizás, que no tuviese una clara noción doctrinal del rito sagrado, pero el mismo nombre de Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor es suficiente para su seriedad. Creamos que se examina y pide la gracia de recibir el don dignamente, y siente en el momento de la celebración y después, que, si hubiera estado más estrictamente ligado a una vida religiosa y recibido influencias divinas, sería mayor su respuesta. Pero después de haber asistido muchas veces, se desgasta este temor y reverencia por la novedad. En cuanto comienza a familiarizarse con las palabras de las oraciones y el orden de la celebración, escucha y recibe con menos emoción y solemnidad. No es que sea peor de lo que era al principio, sino que está expuesto a una mayor tentación de ser profano. No tenía un principio religioso más profundo cuando comulgó por primera vez, que el que tiene ahora (probablemente no tan profundo), pero su falta de familiaridad con la celebración lo guardaba de la irreverencia, la indiferencia, y los pensamientos erráticos. Pero ahora esta salvaguarda ha sido removida, y como no ha tenido éxito en adquirir alguna reverencia habitual de las anteriores comuniones, y no tiene un claro conocimiento de la naturaleza del Sacramento que le advierta y controle, queda expuesto a su habitual dureza de corazón e incredulidad, en circunstancias mucho más peligrosas que aquellas en que normalmente se manifiestan. Si es un pecado rechazar a Dios en el mundo, es un pecado mayor rechazarle en la iglesia. Ahora es el momento en que esa persona está en peligro de no discernir el Cuerpo del Señor, de recibir el don de la vida como algo natural, sin reverencia, gratitud y humildad. Y cuanto más constante sea en asistir al rito sagrado, mayor será su riesgo. Digo su riesgo, es decir, si descuida ser solícito, vigilarse seriamente, y condenar y aborrecer el menor aumento de frialdad e irreverencia. Pues si no actúa así, menor será su riesgo, y mayor su seguridad de que el corazón no le traicionará. Pero hablo de aquellos que no se dan cuenta suficiente de su peligro, y son la mayoría.

Aquí, también, hay que mencionar otro pecado de carácter similar en el que los comulgantes pueden caer: el olvido, después de comulgar, que han comulgado. Incluso cuando resistimos la frialdad que puede ocasionar la comunión frecuente, y nos esforzamos en tener la profunda seriedad que sentíamos cuando el rito era nuevo para nosotros, aun así, hay una dolorosa diferencia en nuestros sentimientos antes y después de asistir. Somos diligentes en la preparación, y descuidados en la retrospectiva; descartamos de nuestra memoria lo que habíamos apreciado en nuestras expectativas; olvidamos lo que siempre

habíamos esperado y temido. Considerad qué significa que pensemos solemnemente sobre la Santa Comunión hasta venir a recibirla: ¿no es imaginar que recibimos el beneficio de una vez para siempre, como algo hecho y terminado, y que no hay nada más que buscar? Esto no es más que un modo formal de culto, como si hubiésemos borrado un escrito contra nosotros y puesto fin al asunto. Benditos aquellos siervos que están siempre esperando a Aquel que está siempre viniendo a ellos, sea "al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada" (Mc 13, 35); pero qué profanamente actúan aquellos que primero vienen a Él para el don de la gracia, y luego descuidan esperar el progresivo cumplimiento en sus corazones, como si recibieran la bendición en burla y luego la desecharan. Ciertamente, después de tan gran privilegio, debemos comportarnos como si hubiésemos participado de un divino alimento y medicina (si es que se pueden comparar las grandes cosas con las ordinarias), el cual, en su propio modo inescrutable, y en el tiempo apropiado, "cumplirá aquello para lo cual Dios la envió" (Is 55, 11), el fruto del árbol de la vida que Adán perdió, que tenía esa virtud y que fue puesto rápidamente fuera de su alcance, para que no lo tomara y comiera, y viviera para siempre (Gen 3, 22). ¡Qué fervoroso debiera ser nuestro cuidado, para que este tesoro de gracia que llevamos dentro no se pierda por culpa nuestra, por las insanas emociones o las indolentes apatías, a las que nos invita nuestra naturaleza! "No apaguéis el Espíritu", dice el Apóstol (1 Tes 5, 19). Nuestro privilegio, ciertamente, es una carga pesada de llevar, antes de volverse un principio de vida y fortaleza, hasta que Cristo sea formado en nosotros perfectamente. ¡Mientras tanto, cuánto motivo tenemos para vigilar, orar, y cumplir toda justicia, "hasta que despunte el día y se levante en nuestros corazones el lucero de la mañana"! (1 Pe 1, 19).

No supongamos que por buscar a Dios una o dos veces en esta celebración, tenemos asegurado el don para siempre: "Buscad al Señor y Su poder; buscad continuamente Su rostro" (Sal 104, 4). El pan que baja del Cielo es como el maná, "pan cotidiano", "hasta que Él venga", hasta que "venga Su reino" (Mt 6, 10-11). En Su venida al fin del mundo, todos nuestros deseos y oraciones descansarán y serán consumadas, y en Su comunión presente tenemos un sostén y un consuelo mientras tanto, juntando el pasado y el futuro, recordándonos que Él ha venido una vez y prometiéndonos que vendrá de nuevo. ¿Quién puede vivir algún tiempo en el mundo, agradable como parece ser al entrar en él, sin descubrir que es tedioso, y que si la vida vale algo es porque es el paso a otra? No se necesita ninguna gran religión para sentir esto; es una verdad evidente para aquellos que tienen mucha experiencia del mundo. La única razón por la cual no todos sienten así, es que no han vivido lo suficiente; y los que lo sienten más que otros, es porque han sido arrojados en circunstancias para sentirlo más. Pero mientras los tiempos envejecen, los colores de la tierra se desvanecen, la voz de la canción se apaga, y todas las familias de la tierra gimen y se lamentan, los hijos de Dios levantan sus cabezas, porque se acerca su salvación (Lc 21, 28). La naturaleza falla, el sol no brilla, la luna se oscurece, las estrellas caen del cielo, y los cimientos del redondo mundo se estremecen. Pero la luz del Altar arde con más brillo; hay cosas allí que muchos no pueden ver, y por encima de los tumultos de la tierra se escucha el mandato de proclamar la muerte del Señor y la promesa de que está viniendo.

"¡Dichoso el pueblo que esto tiene!", el que, cansado de las cosas visibles, se vuelve con buena esperanza hacia las cosas invisibles. Sí, "¡dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!" (Sal 143, 15). "Venid a Mí", dice Él, "todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os daré descanso" (Mt 11, 28). El descanso es mejor que el esfuerzo, la paz satisface, y la tranquilidad no decepciona. Estos son los bienes seguros. Así es la calma de la Jerusalén celestial, que es la madre de todos nosotros. Y así es su culto, calmo, anticipo del Cielo, para quienes, por un tiempo, se ocultan del mundo y buscan en Su Presencia invisible a Quien verán cara a cara en el Cielo.●—

El Adviento como anticipo del Juicio Final

LUISA ZORRAQUÍN

"Tus ojos verán al Rey en su hermosura, verán la tierra que está lejos"*

Introducción

Los tiempos litúrgicos son la ocasión privilegiada de dirigir nuestra mirada a un misterio particular de nuestra fe cristiana; nos desafían a profundizar en su significado, de forma tal que nos conduzcan a un modo nuevo y más profundo de encontrarnos con Cristo. En este sentido, si nos preguntáramos cuál es el misterio sobre el cual versa el tiempo de Adviento, seguramente una primera respuesta que podríamos dar es que el Adviento es preparación para la Navidad. Nos preparamos para, con los ojos de la fe, *ver a Dios*; nos preparamos para actualizar y hacer presente el comienzo de ese breve período donde, hace unos 2.000 años, Dios caminó sobre la Tierra, vivió con los hombres y participó de sus penas y alegrías.

Pero esta visión del niño-Dios a la que accedemos con los ojos de la fe es también anticipo de otra venida, en la cual veremos realmente al hombre-Dios. Este es el misterio del último Adviento, de la Segunda Venida de Cristo, del Juicio Final. El Adviento entonces es preparación para ambos misterios. Así lo expresa uno de los prefacios de este tiempo litúrgico:

Él vino por primera vez en la humildad de nuestra carne,

para realizar el plan de redención trazado desde antiguo,

y nos abrió el camino de la salvación;

para que, cuando venga por segunda vez

en el esplendor de su grandeza,

podamos recibir los bienes prometidos

que ahora aguardamos en vigilante espera.[1]

Sin embargo, aunque esta Segunda Venida es parte de la fe que profesamos, la alegría de la Navidad, donde celebramos la humanidad de Cristo en la sencillez humilde del pesebre, nos hace olvidar la realidad de este segundo Adviento. Después de todo "¡un niño nos ha nacido! un

* Is 33, 17. Hemos preferido traducir al español la versión de la King James que es la que utiliza Newman *"Thine eyes shall see the King in his beauty: they shall behold the land that is very far off"* porque le da más sentido a la exégesis newmaniana.

1 "Las dos venidas de Cristo", Prefacio de Adviento.

Segunda Venida de Jesucristo al Fin de los Tiempos. 1700. Anónimo. Icono.

hijo se nos ha dado!".[2] Y si además unimos a esto, el hecho de que la religiosidad de nuestro tiempo es poco amiga de meditar sobre lo que antes se llamaban *los novísimos*: la muerte, el juicio, el destino eterno, obtenemos como resultado que vivimos un Adviento por la mitad.

2 Is 9,1

El sermón de Newman, *El culto como preparación para la venida de Cristo* publicado en el volumen V de los *Parochial and Plain Sermons*,[3] busca remediar este olvido y ayudarnos a vivir este otro aspecto, ahora casi olvidado, del tiempo de Adviento. Al explicar el sentido de Is 33, 17 "Tus ojos verán al Rey en su hermosura, verán la tierra que está lejos", Newman se pregunta: ¿Cómo debemos prepararnos tanto para la visión imperfecta en esta vida, como para la luminosa de la próxima? La respuesta de Newman es profunda y quizás inesperada: por la liturgia.

El culto como preparación para la visión de Dios

En el Hemisferio norte, las estaciones, con sus ritmos y su clima particular, acompañan la liturgia. El Adviento tiene lugar hacia el final del otoño. Los frutos se han recogido; el año está concluyendo; los campos yacen yermos; la primavera, el verano y el otoño, cada uno ha aportado sus frutos y ya no hay nada de qué regocijarse. Es un tiempo austero y de reflexión, similar, dice Newman, al que experimentaremos hacia el final de nuestra vida. El alma se ve proyectada hacia delante, hacia el futuro y en la medida en que ella ve claramente, comprende que habrá "nuevos cielos y nuevas tierras"[4] y que pronto "verá al Rey en su hermosura y a la tierra que está lejos".

En efecto, como afirma la Escritura, al final de la vida tanto buenos como malos veremos a Dios.[5] Precisamente esto es lo que promete Is 33, 17: veremos a Dios cara a cara, en un destino, apunta nuestro autor, que, si no lo más glorioso, será lo más terrible. Porque no se trata solo de verlo sino, como dice el apóstol san Pablo, del hecho de que "todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, de acuerdo con sus obras buenas o malas, lo que mereció durante su vida mortal".[6] Lacónicamente afirma Newman, que ese será nuestro primer encuentro con Dios, "tan repentino como íntimo". Pero ¿acaso esto es todo lo que podemos conocer sobre el tema ¿acaso no hay algo que nos permita prepararnos para este encuentro? ¿Hay algo que podamos hacer? Este es el tema de fondo del sermón que comentamos. Responde Newman que afirma la Escritura que la Nueva Alianza -*Gospel Covenant*- tiene, entre otros cometidos, la misión de prepararnos para este destino glorioso de la visión de Dios. Y en el culto que Cristo y sus Apóstoles nos han dejado tenemos los medios místicos y morales de acercarnos a Dios y aprender, gradualmente, a soportar su visión. Esto explica, en parte, el culto. De hecho, a menudo ocurre que los hombres –los de antes y los de ahora– se preguntan:

"¿Por qué es necesario *profesar* la religión?[7] ¿Por qué no basta con ser honesto, sobrio, benevolente, y virtuoso? ¿Por qué agradamos a Dios sometiéndonos a ciertas prácticas religiosas y participando de ciertos actos religiosos? […] Y, además, ¿por qué no podemos hacerlos donde nos plazca, sino que debemos concurrir a una iglesia para ello? […] ¿por qué debemos participar de los Sacramentos?".[8]

Estas son cuestiones de vibrante actualidad. Nuestro autor brinda dos respuestas y lo hace de una forma directa, simple, concreta. En estas dos respuestas se percibe cómo –en él– razón y fe están tan armónicamente integradas, cómo cada una de ellas tiene su lugar y al mismo tiempo se complementan. La primera respuesta es de una simplicidad total: debemos hacerlo por obediencia, porque Dios nos lo dice y nos lo manda. El tema de la obediencia es clave en Newman. Es su primera predisposición al escuchar la palabra

3 "Worship, a Preparation for Christ's Coming" en: John Henry Newman, *Parochial and Plain Sermons*, San Francisco: Ignatius Press, 1997, Vol V, p. 959-966. Traducción propia.

4 Ap 21,1

5 PPS V, 1 {4-5} Newman citas once instancias tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento donde se afirma que el hombre verá a Dios: Jb 19, 26-27; Nm 24, 17; Lc 21, 28; Mt 26, 64; Ap 1, 7; 1 Jn 3, 2; 1 Cor. 13, 12; Ap. 22, 4.

6 2 Co 5,10

7 Cursiva en el original.

8 PPS,V, 1 {7}

de Dios. En él, fe y obediencia están intrínsecamente unidas: "No digo que la fe y la obediencia no sean ideas separadas en nuestra mente, pero nada más; no están divididas de hecho una de la otra. Son una sola cosa vista distintamente".[9]

Pero esta obediencia no nos impide reflexionar acerca de la causa de lo que se nos ordena. Afirma Newman que la razón por la cual Dios nos pide esto es porque algún día cambiaremos nuestro "estado de ser". Veremos a Dios cara a cara, y todas estas prácticas piadosas, las oraciones, los sacramentos, parece que nos preparan para ello. Respecto de la Eucaristía, afirma que de un modo que no comprendemos del todo, es posible que ella prepare nuestra naturaleza para poder soportar esta visión. Por ello, nos invita a pensar el culto como un salir al encuentro del Esposo,

"quien, si no es visto "en su belleza", aparecerá en fuego consumidor. Además de sus otras razones trascendentales, es una preparación para un acontecimiento terrible, que un día será. Sabemos lo que acarrea encontrarse con Cristo sin preparación, por lo que ocurrió, incluso a los Apóstoles cuando Su gloria se les manifestó de repente. Allí Pedro dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador" y san Juan, cuando lo vio, cayó como muerto a sus pies." (Lc 5, 8; Ap 1, 17).[10]

Continúa diciendo Newman que cuando los hombres de este mundo tienen que pasar por una prueba grande, se preparan de antemano, pensando a menudo en ello, para hacerse a la idea de lo que va a suceder. De este modo cualquier prueba inusual se les hace familiar. El coraje es un paso necesario para obtener ciertos bienes, y el coraje se gana con la firmeza de pensamiento. Por eso, Newman nos aconseja que cuando entramos a una iglesia digamos al Señor: "Vengo entonces a la iglesia, porque soy un heredero del Cielo. Deseo y espero tomar un día posesión de mi herencia, y vengo a prepararme para ello, y no veré el Cielo todavía, porque no podría soportar verlo. Se me permite estar en él sin verlo, para aprender a verlo. Y por la salmodia y el canto sagrado, por la confesión y la alabanza, aprendo mi parte".[11]

El Adviento, tiempo de gracia y preparación para la Segunda Venida

Pero esto no es todo afirma Newman. Hay además tiempos sagrados en los que podemos esperar gracias especiales. El Adviento es precisamente uno de estos tiempos y su característica especial es que es un tiempo de purificación. Es un tiempo para purificar la carne y el espíritu, una temporada para disciplinar el corazón y los ojos; para recordar lo que somos y lo que seremos. Y todo con vistas al encuentro con Cristo.

De la mano de Newman vivamos, entonces, un Adviento diferente:

"Salgamos a su encuentro con corazones contritos y expectantes; y aunque retrase su venida, velemos por él en el frío y la saciedad que un día debe tener un fin. Acudir a su llamada es lo que deberemos hacer, en todo caso, cuando nos despoje del cuerpo; anticipemos, por un acto voluntario, lo que un día nos llegará por necesidad. Esperémosle solemnemente, con temor, con esperanza, con paciencia, con obediencia; resignémonos a su voluntad, mientras somos activos en las buenas obras. Roguémosle siempre, para que "se acuerde de nosotros cuando llegue a su reino"; para que se acuerde de todos nuestros amigos; para que se acuerde de nuestros enemigos; y para que nos visite según su misericordia aquí, para que nos recompense según su justicia en el futuro."[12] ●—

9 PPS III, p. 80. Citado por Fernando Cavaller en "La Fe en el Pensamiento de John Henry Newman" en NEWMANIANA, XI, 33, p. 9.

10 PPS V, 1 {8}

11 Íbid. {9}

12 Íbid.{12}

Plain and Parochial Sermons, vol VI, 20, pp.280-294
Predicado en St. Mary, Oxford, el 24 de mayo de 1840

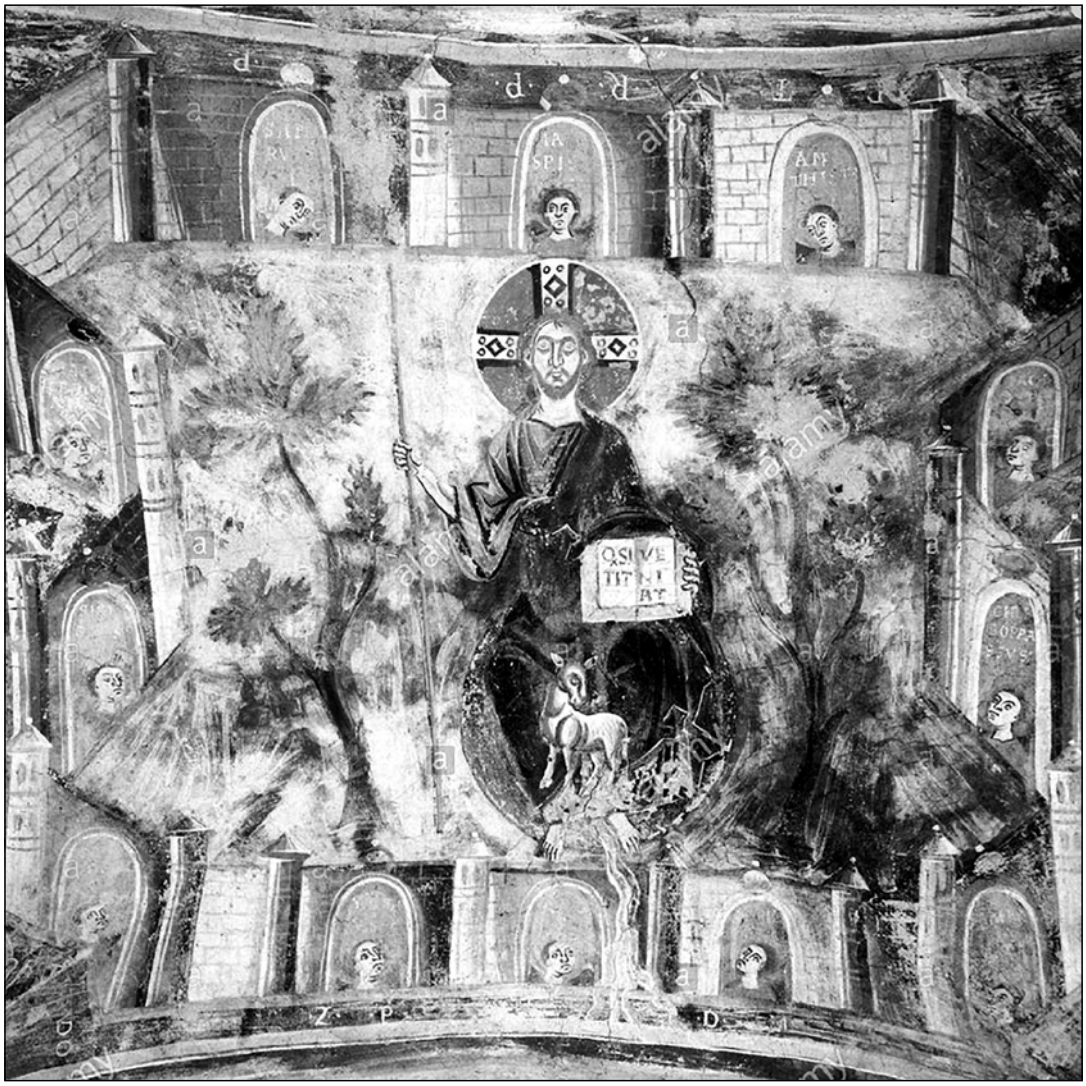
El templo visible

Traducción
FERNANDO MARÍA CAVALLER

¿Qué es más importante, el oro, o el templo que hace sagrado el oro? (Mt 23, 17)

Ha habido sobre la tierra un Templo espiritual, construido por piedras vivas, un Templo, podría decir, compuesto de almas; un Templo cuya luz es Dios y cuyo Sumo Sacerdote es Cristo; un Templo que tiene como arcos las alas de los Ángeles, como pilares los Santos y Maestros, y como pavimento los fieles. Semejante Templo ha existido sobre la tierra desde que fue predicado el Evangelio. Este Templo invisible, secreto, misterioso y espiritual, existe en todas partes a lo largo del reino de Cristo, en todo lugar, tan perfecto en un lugar como si no estuviera en otro. Allí donde hay fe y amor, allí está este Templo; fe y amor, con el Nombre de Cristo, son los hechizos y encantamientos que nos hacen presente este divino Templo, en cada parte del reino de Cristo. Este Templo es invisible, pero es perfecto y real porque es invisible, y no gana nada en perfección por poseer señales visibles. No necesita de un edificio exterior a la vista para ser más templo de lo que ya es en sí mismo. ¿No son Dios, Cristo, los Ángeles y las almas una corte celestial perfectísima a la cual este mundo no puede agregar nada? Aunque el culto de los fieles cristianos fuese sin esplendor, sin magnificencia, casero y rudo, aun así sería aceptable a Dios, tan excelente y santo como si lo celebraran públicamente a la vista de todos, con toda la gloria y las riquezas del mundo.

Así fue la Iglesia en sus orígenes, edificada "sobre los Apóstoles y Profetas, que son los cimientos, mientras la piedra angular es el mismo Jesucristo", donde "vosotros sois incorporados al edificio, para llegar a ser una morada de Dios en el Espíritu" (Ef, 2, 20-22). En vida de los Apóstoles era pobre y perseguida, y el santo Templo era del todo invisible. No había ritos edificantes, ni variadas ceremonias, ni rica música, ni altas catedrales, ni vestiduras místicas, ni altares solemnes, ni piedra, ni mármol, ni metales, ni joyas, ni maderas costosas, ni fino lino, para manifestar externamente y honrar debidamente el Templo celestial en el cual permanecemos y servimos. El lugar donde nuestro Señor y Salvador celebró por vez primera el santo sacramento de la Eucaristía fue la habitación superior de una casa, preparada o usada para la ocasión (Mc 14, 15); aquella en la que los Apóstoles y las santas mujeres esperaron la llegada prometida del Espíritu Santo también



La Jerusalén celestial. Autor anónimo del siglo XI.

era "una sala superior" (Hech 1, 13); y san Pablo predicó en Tróade también en "una estancia superior donde estaban reunidos" (Hech 20, 8). ¿De qué otros lugares de culto escuchamos? Junto al agua, al aire libre, como en Filipos, donde se nos dice que "el sábado", san Pablo y sus compañeros "fueron a las afueras de la ciudad, a un lugar que estaba a orillas del río, donde suponíamos que habría un sitio para orar" (Hech 16, 13). Y también a orillas del mar: "Todos nos acompañaron hasta la afueras de la ciudad, incluso las mujeres y los niños. En la playa nos arrodillamos para orar" (Hech 21, 5). San Pedro estuvo en oración en la terraza de una casa. San Pablo y Silas cantaron los himnos y salmos en la prisión, con sus pies en el cepo. Y san Felipe bautizó al eunuco etíope en el desierto. Sin embargo, estuvieran donde estuvieran, en prisión, o en lo alto de una casa, o en el desierto, o junto al río, o en la costa del mar, o en una habitación privada, Dios y Cristo estaban con ellos. El Espíritu de gracia estaba allí, el Templo de Dios los rodeaba. Habían llegado a la mística Sión, a la Jerusalén celestial, a la innumerable compañía de los Ángeles, a los espíritus de los Santos (cf. Heb 12, 22). No había necesidad de oro, ni de joyas, ni de atavíos costosos para aquellos que tenían el Templo, que de acuerdo al texto era más grande. Podría haber sido apropiado y

digno, en lo posible, tener estas cosas preciosas también, pero no era necesario, porque ¿cuál era la más grande? Tales cosas no hacen más santo al Templo; el oro no santifica al Templo sino el Templo, que es más grande, es el que santifica al oro. El oro es nada sin la presencia de Cristo, y con Su Presencia se puede dispensar, como en los días de Su ministerio en la Tierra.

El caso es el mismo respecto a los inmediatos sucesores de los Apóstoles, que estuvieron en circunstancias de mayor abandono aún, en cuanto al culto, que los mismos Apóstoles. Los cristianos que llegaron después de ellos, fueron obligados a celebrar el culto en grutas y tumbas para salvar sus vidas del perseguidor. En las regiones del este y del sur, donde vivían los Apóstoles y los primeros conversos, antes de que el alegre anuncio del Evangelio hubiese llegado a estos distantes países del norte, estaban acostumbrados a sepultar en cuevas cavadas en la roca. Todavía permanecen en algunos lugares largas galerías subterráneas de varias millas, donde eran colocados los muertos a ambos lados. Allí los pobres cristianos perseguidos se encontraban para el culto, y de noche. La gente importante de la época construía para sí altas y majestuosas tumbas sobre el suelo, tan grandes como casas para los vivos; aquí también, en la oscuridad y soledad de la noche, los santos rendían culto. Y también en la profundidad de algún bosque, quizás, donde nadie los podía descubrir. Tales era los lugares en los que el Tempo invisible se manifestaba en los tiempos del paganismo; ¿y quién dirá que necesitaba algo externo para ser perfecto?

Esto es verdad y hay que tenerlo siempre en cuenta. Sin embargo, nadie puede negar, por otra parte, que un gran objetivo de la venida de Cristo fue conquistar este mundo, reclamarlo como propio, afirmar los derechos como su Señor, destruir el dominio usurpado por el enemigo, manifestarse a todos los hombres, y tomar posesión. Él es ese árbol de mostaza que estaba destinado silenciosamente a difundirse y cubrir toda la tierra. Él es esa levadura que secretamente obra a través de la masa de la opinión humana y las instituciones hasta que fermente toda. El Cielo y la Tierra habían estado separados hasta ahora. Su propósito misericordioso fue unirlos, haciendo la Tierra como el Cielo. Él estuvo en el mundo desde el principio, y los hombres adoraron otros dioses; vino al mundo encarnándose, y el mundo no lo conoció; vino a los Suyos y no lo recibieron. Pero vino para *hacer* que lo reciban, que lo conozcan, para que se le rinda culto. Vino para absorber este mundo en Él, para que siendo Él la luz, pudiera serlo también el mundo. Cuando llegó no tenía dónde reposar Su cabeza; pero vino para hacerse a Sí mismo un lugar, para hacerse un hogar, para hacerse casas, para formar para Sí una gloriosa habitación de todo el mundo, que los poderes del mal habían tomado cautivo. Vino en la oscuridad, nació en la oscura noche en una gruta; fue alojado en una gruta donde había animales: yació en un rudo pesebre. Allí reposó por vez primera Su cabeza, pero ¡bendito sea Su nombre! no quiso permanecer allí para siempre. No se resignó a esa oscuridad; entró en esa gruta para dejarla. El Rey de los judíos nació para reclamar el reino, más aún, la esperanza de las naciones y el Rey de toda la tierra, el Rey de reyes y Señor de señores "no concedió descanso a sus ojos ni reposo a sus párpados" (Prov 6, 4) hasta que hubo cambiado Su pesebre por un trono real, y Su gruta por los grandes palacios. Levantad vuestro ojos, hermanos, y mirad en derredor, porque se ha cumplido en este día, sí, hace tiempo, durante muchas épocas, y en muchos países, "la Sabiduría edificó su casa, talló sus siete columnas" (Prov 9, 1). ¿Dónde está la gruta, dónde el establo para el ganado, dónde el pesebre, dónde la hierba y la paja, dónde el inapropiado mobiliario de ese despreciable lugar? ¿Es posible que el Hijo Eterno naciera en un agujero de la tierra? ¿Fue forjado allí el gran milagro por el cual una Virgen pura e inmaculada dio a luz a Dios? ¡Extraña condescendencia sufrida para asegurar un extraño triunfo! Él se propuso cambiar la Tierra, y comenzó "en lo más hondo de la fosa, en las regiones oscuras y

profundas" (Sal 88, 7). Todo debía ser renovado por Él, y no se sirvió de nada de lo que era, para poder hacer todas las cosas de la nada. No nació en el Templo de Jerusalén; aborrecía el palacio de David; yació sobre la tierra húmeda en la noche fría, una luz brillando en un lugar oscuro, hasta que por la fuerza que salía de Él pudiese crear un Templo digno de Su nombre.

Y he aquí, que como presagio del futuro, incluso en Su cuna, el rico y el sabio de la Tierra le buscaron con oro, incienso y mirra, como una ofrenda. Dejó a un lado los pañales y tomó en vez "una túnica, que no tenía costura porque estaba hecha de una sola pieza de arriba abajo" (Jn 19, 7). Cambió el agua en vino, Leví le hizo una fiesta, Zaqueo lo recibió, y María ungió Su cabeza. Pasan unas pocas generaciones, y la entera faz de las cosas ha cambiado: la Tierra se cubre con Sus Templos, y así ha sido por siglos. Id donde queráis y encontraréis las eternas montañas talladas y convertidas en santuarios donde puede habitar Aquél que fue un paria en los días de su carne mortal. Ríos y minas pagan tributo de sus joyas más ricas; bosques son buscados por sus maderas más elegidas; la habilidad del hombre es puesta a prueba para usar lo que la naturaleza suministra. Id a través de los países donde Su nombre es conocido, y encontraréis que todo lo que es más raro y más hermoso en la naturaleza o en el arte ha sido consagrado a Él. Los palacios de los reyes son pobres, sea en arquitectura o decoración, comparados con los santuarios erigidos a Él. El Templo invisible se ha hecho visible. Y así como en un día brumoso la niebla se derrite gradualmente y el sol brilla, así las glorias del mundo espiritual han iluminado este mundo de abajo. Los rayos penetran la tierra dura y fría. Todo lo que vemos alrededor son vislumbres o reflejos de aquellas cosas celestiales que los elegidos de Dios verán algún día cara a cara. Los reinos de este mundo se convierten en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo, "el Templo ha santificado el oro", y las profecías hechas a la Iglesia han sido cumplidas a la letra. Le ha sido dada "la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón" (Is 35, 2). "Hasta ti llegará la gloria del Líbano, con el ciprés, el olmo y el abeto, para glorificar el lugar de mi Santuario, para honrar el lugar donde se posan mis pies" (Is 6, 13). "Te cubrirá una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y de Efá. Todos ellos vendrán desde Sabá, trayendo oro e incienso, y pregonarán las alabanzas del Señor" (Is 60, 3). "Las ganancias de Egipto, las mercancías de Etiopía, y los hombres de Sebá, de elevada estatura,... irán detrás de ti, desfilarán encadenados, se postrarán ante ti y te suplicarán" (Is 45, 14).

Y Él se ha hecho un Templo, no solamente de cosas inanimadas, sino también de hombres como partes del mismo. No el oro y la plata, las joyas y el lino finísimos, y la habilidad del hombre para usarlos, hacen la Casa de Dios, sino los adoradores, las almas y los cuerpos de los hombres, a quienes Él ha redimido. Él toma posesión del hombre entero, no sólo del alma, sino del cuerpo y del alma, porque san Pablo dice: "Por lo tanto, hermanos, yo os exhorto por la misericordia de Dios a que ofrezcáis vuestros *cuerpos* como una víctima viva, santa, agradable a Dios: este es vuestro culto razonable" (Rom 12, 1). Él nos reclama como Suyos, no uno por uno sino juntos, como una gran compañía, pues san Pedro dice que nosotros "cual piedras vivas, entramos en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo" (1 Pe 2, 5). Todos nosotros, y cada uno, y cada parte de cada uno, debe ir a formar Su cuerpo místico, pues dice el salmista, "Dios mío, mi corazón está firme, para ti cantaré y tocaré, gloria mía, con el mejor miembro que tenga. Despertad, cítara y arpa, despertaré a la aurora; te daré gracias ante los pueblos, Señor, tocaré para Ti ante las naciones" (Sal 108, 2-4). Nuestras lenguas deben predicar de Él, nuestras voces cantarle, nuestras rodillas adorarle, nuestras manos suplicarle, nuestras cabezas inclinarse ante Él, nuestros rostros alegrarse por Él, y nuestro andar anunciarle. Y de aquí surgen el culto común, las formas de oración, las ceremo-

nias de devoción, el orden de las celebraciones, los ministerios, las vestiduras santas, la música solemne, y otras cosas de la misma naturaleza, todas las cuales son, como si fuera, la entrada en este mundo del Invisible Reino de Cristo, el fruto su influencia, la muestra de su poder, la prenda de sus victorias, los medios de su manifestación.

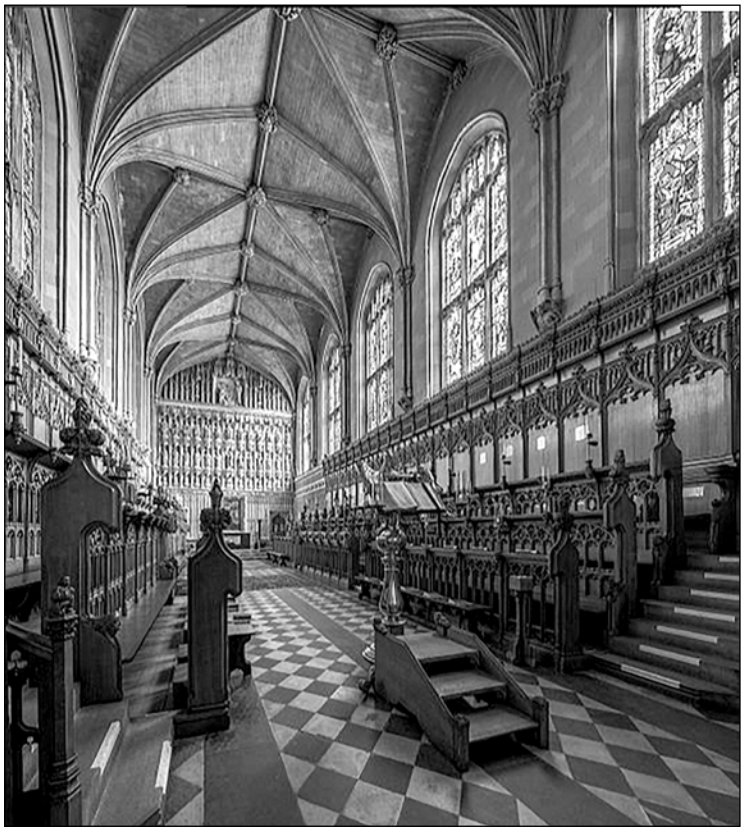
Las cosas temporales tienen su fundamento visible. Las cortes y palacios, los consejos y los ejércitos de los reyes, han deslumbrado a las multitudes, y las han enceguecido hasta el punto de rendirles culto como ídolos. Tal es nuestra naturaleza, que debemos tener algo para levantar los ojos. No podemos dejar de admirar *alguna cosa*, y si no hay nada bueno para admirar, admiramos lo que es malo. Cuando, entonces, los hombres ven la orgullosa Babel levantarse en lo alto con toda su pompa y espectáculo, cuando ven u oyen acerca de grandes ciudades, con sus mansiones solariegas, las calles plagadas de carrozas y caballos innumerables, las tiendas llenas de espléndidas mercancías, hombres y mujeres ricamente vestidos, con muchos sirvientes y hombres que gritan ¡doblad la rodilla!, soldados con brillantes atavíos, sonido de trompetas y otras músicas militares, y otras cosas que uno podría mencionar si fuera reverente ser minucioso, la gente sencilla está tentada de mirar todo esto como la cima de la perfección y felicidad, más aún, como ya he dicho, de rendir culto a lo que les parece, aunque no lo dirían así, la presencia del Invisible. De aquí que sean serviles, codiciosos, celosos y ambiciosos; los hombres quieren ser grandes en este mundo, y tratan de serlo, aspiran a las riquezas o están a la espera de una promoción. Cristo, entonces, en orden a contrarrestar este mal, ha establecido misericordiosamente Su propia corte y Su propio gobierno, de modo que los hombres puedan tener algo en que fijar sus ojos, más divino y santo que lo que el mundo puede ofrecer; que la pobreza pueda al menos compartir con la riqueza la admiración humana; que la mansedumbre pueda establecerse tan alto como el orgullo, y la santidad llegar a ser nuestra ambición tanto como el lujo. Obispos santos con su clero, responsables de todo rango, cuerpos religiosos, austeros consagrados, oración y alabanza incesantes, todo esto ha preparado Cristo en Su misericordia para eclipsar la fascinación del mundo. Así dice la promesa: "Sobre los muros de Jerusalén he apostado guardianes; ni en todo el día ni en toda la noche estarán callados". "Cantad al Señor un cántico nuevo, su loor desde los confines de la tierra. Que le cante el mar y cuanto contiene… Alcen la voz el desierto y sus ciudades, las explanadas en que habita Quedar. Aclamen los habitantes de Petra, desde la cima de los montes vociferen. Den gloria al Señor, su loor en las islas publiquen" (Is 62, 6; 42, 10-12). Y estas palabras comenzaron a tener su cumplimiento en el tiempo en que vino Cristo, porque, como he dicho al principio, san Pablo y san Silas *cantaron* en la prisión, y cuando dejaron Tiro, hombres, mujeres y niños que los acompañaban, *se arrodillaron* en la orilla con ellos y oraron. Tales eran las formas de culto en el comienzo, hasta que al pasar el tiempo, la Iglesia, como un árbol hermoso, extendió sus ramas y follaje, y quedó completo con toda forma de símbolos y ritos espirituales, un signo exterior del Templo invisible en el cual Cristo ha habitado desde el principio.

Y ahora, como conclusión, dejadme señalar que la concepción adoptada aquí de la conexión entre el ritual religioso y su poder espiritual e invisible, permite formarnos una recta estimación de las cosas externas, y guardarnos tanto de un uso curioso y supersticioso como de un abandono arrogante de las mismas. El Templo es más grande que el oro, por tanto no os preocupe que el oro falte; pero el Templo lo santifica, y por tanto apreciadlo mientras esté presente. Cristo está con nosotros, aunque no haya manifestación externa. Suponed que nuestro culto se despojara de todas las lindas añadiduras; aun así, donde dos o más estén reunidos en Su nombre, Él estará en medio de ellos (cf. Mt 18, 20). Sea una casita, o campo abierto, o incluso una prisión o calabozo, Él puede estar allí, y estará allí si sus siervos están ahí.

Preguntaréis si esto corresponde a personas que se reúnen aparte de la iglesia, o a quien predica en las calles. No, porque en tales casos no se reúnen "en nombre de Cristo". Él dice "Cuando dos o tres se reúnen en Mi nombre". No se sigue que *estén* reunidos en Su nombre porque lo digan o piensen que lo están; porque Él nos advierte: "Muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: 'Yo soy el Cristo', y engañando a muchos" (Mt 24, 5). Muchos *piensan* que están predicando a Cristo cuando en realidad están predicando su propia doctrina. Cristo no los ha enviado, aunque estén a cargo; no le pertenecen, aunque estén en el culto de la Iglesia. En esta cuestión, sería lo mismo en la iglesia o en el campo. Las paredes de piedra no hacen una iglesia. Aunque estén en el edificio más vasto, noble y rico de la Tierra, Cristo no estaría con aquellos que predican otro evangelio que el que Él anunció de una vez para siempre.

Este es el verdadero punto en el que estoy insistiendo. Es el Templo que santifica el oro; no es sino la Presencia invisible y celestial que santifica cualquier lugar o cosa. Suntuoso o pobre, costoso o común, sólo Ella santifica a los fieles o al edificio. Así como no sirve tener iglesias suntuosas sin el Espíritu de Cristo, no es sino una burla tener numerosas feligresías, elocuentes predicadores y mucha excitación, si el Espíritu no está. Pero donde Él pone realmente Su *Nombre*, sea un palacio o una pequeña casa, el lugar es sagrado y glorioso. Aquél que una vez yació en un pesebre, condescenderá a manifestarse en cualquier lugar, como lo hizo en tiempos primitivos. Ninguna afrenta puede hacérsele a Quien inhabita la eternidad. "El Cielo es mi trono y la Tierra el escabel de mis pies" (Is 66, 1; Hech 7, 49). Si "los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte" (1 Re 8, 27), mucho menos cualquier casa que podamos construir. Alta o baja es lo mismo para Él.

Esta es una reflexión obvia y muy consoladora cuando pensamos en las grandes irreverencias y profanaciones que tienen lugar a veces en la iglesia. Algunos vienen a la ligera y sin pensar; no se molestan en descubrirse la cabeza; hablan, se ríen, e incluso cantan, como si estuvieran en una edificio cualquiera; y cuando hay que hacer allí algún trabajo y traen herramientas y otros implementos, parecen pensar como si, de repente, el lugar se hubiera transformado en un espacio no consagrado, porque es necesario ejercer en él un oficio. O, quizá, si así sucediera, van a otras horas, pensando que Dios no está allí porque no hay nadie que los ve. Y así también, cuando entramos en ciertas iglesias y vemos el estado de abandono en el que se encuentran, la fuente bautismal removida o usada para guardar todo tipo de desperdicios, la Sagrada Mesa miserable y fea con un mantel indigno, el pavimento sucio y roto, y todo el edificio en un estado de descuido tal que cualquier persona pulcra estaría avergonzada si fuera su propia casa (sin hablar de lo que sentiría gente pudiente si sus habitaciones estuvieran en semejante condición), cuando nos encontramos con todo esto, quizás por un instante estamos tentados de decir ¿puede estar Cristo aquí?, ¿puede el Espíritu Santo dignarse santificar el agua para lavar los pecados con semejante irreverencia y en un recipiente miserable?, ¿puede estar la Presencia dadora de vida y el poder sacrificial de Cristo sobre ese Altar?, más aún, ¿puede *ser* un Altar, cuando es tan despreciable a la vista? Pero yo pregunto, o más bien cualquiera se preguntaría en segundo lugar, ¿pudo Cristo estar en un pesebre? Si es así, Aquel a quien los Ángeles de Dios adoraron como el Unigénito cuando vino al mundo en un lugar para los animales, puede ser manifestado y puede ser adorado en la iglesia más abandonada. No. Nuestra tristeza no debe ser por Él, lo cual sería supersticioso y humano, sino por el insulto hacia Él, en el caso de que lo sea. Si el estado de abandono al que me refiero no es culpa de nadie, entonces no debe haber aflicción de nadie. Pero si hay culpa, entonces podemos y debemos sentir aflicción de que nuestro Señor sea insultado por Sus propios siervos, y más aún por ellos. Los que profanan Su Presencia y tratan el lugar donde reside como cualquier casa, usándola como si fuera propia, no hieren a Cristo sino a sí mismos.



Capilla del Magdalen College de Oxford.

El Templo es más grande que el oro.

Mientras a Él le desagrada lo profano, acepta las ofrendas hechas con fe, sean grandes o pequeñas. Acepta nuestro oro y nuestra plata, no para honrarse a Sí mismo, sino por misericordia hacia nosotros. Cuando María derramó el óleo sobre Su cabeza, no fue una ventaja para Él sino para ella. Él la alabó diciendo: "Ha hecho lo que ha podido" (Mc 14, 8). Cada uno debe hacer lo mejor que pueda, rezar lo mejor que pueda, cantar lo mejor que pueda, servir lo mejor que pueda. Si lo hiciéramos todo, sería poco e indigno de Él; si hacemos poco, puede ser suficiente para mostrar nuestra fe, y Él aceptará en Su misericordia lo que podemos ofrecer. Aceptará lo que preferimos ofrecerle para ofrecernos nosotros mismos. Cuando en vez de gastar dinero en nuestras propias casas lo gastamos en la Suya, cuando preferimos que Él tenga el oro y la plata a tenerlos nosotros, no hacemos nuestro culto más espiritual, pero nos acercamos más a Cristo, mostramos ser más fervorosos, hacemos evidente nuestra fe. No hace falta mucha fe y amor para sentir desgano de gastar dinero en uno mismo. Vestidos, casas, muebles, estilo de vida, refinados y vistosos, son penosos para un verdadero cristiano; crea dudas en su mente sobre si está de parte de los santos o del mundo. Más bien sentirá adecuado gastar su dinero en servicio de Dios, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, educar a los jóvenes, difundir el conocimiento de la verdad, y, entre otros propósitos piadosos, construir y decorar la Casa de Dios visible.

"¡Acuérdate de mí por esto, Dios mío; no borres las obras de piedad que yo hice por la Casa de mi Dios y por sus servicios!" (Ne 13, 14). Tal fue la oración de Nehemías, cuando fue movido a purificar el santuario. ¡Quiera Dios recordarnos también a nosotros, si en alguna medida Su gracia nos ha movido a realizar algunos actos similares de celo por Su gloria! ¡Que Él en Su misericordia nos conceda que nuestra actividad externa no supere nuestro progreso interior; que cualquier ofrenda, excepcional o bella, que hagamos aquí, pueda ser sólo figura de la belleza interior y la santidad invisible que ornamenta nuestros corazones! Los corazones son el verdadero santuario donde Cristo debe habitar. "Ya entra la hija del Rey, bellísima, vestida de perlas y brocado" (Sal 44, 14). Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados pasados, nos purificamos de toda mancha de cuerpo y espíritu, para una santidad más perfecta en el temor del Señor, entonces, y sólo entonces, podemos ocuparnos sin peligro en iluminar, embellecer, y hacer glorioso el lugar donde reside Su invisible Presencia, con esa severidad, gravedad y temor reverencial que nos enseñará un corazón sumiso y una mente sobria.●—

L'Osservatore Romano, 25 de septiembre de 2011

Doctor de la conciencia

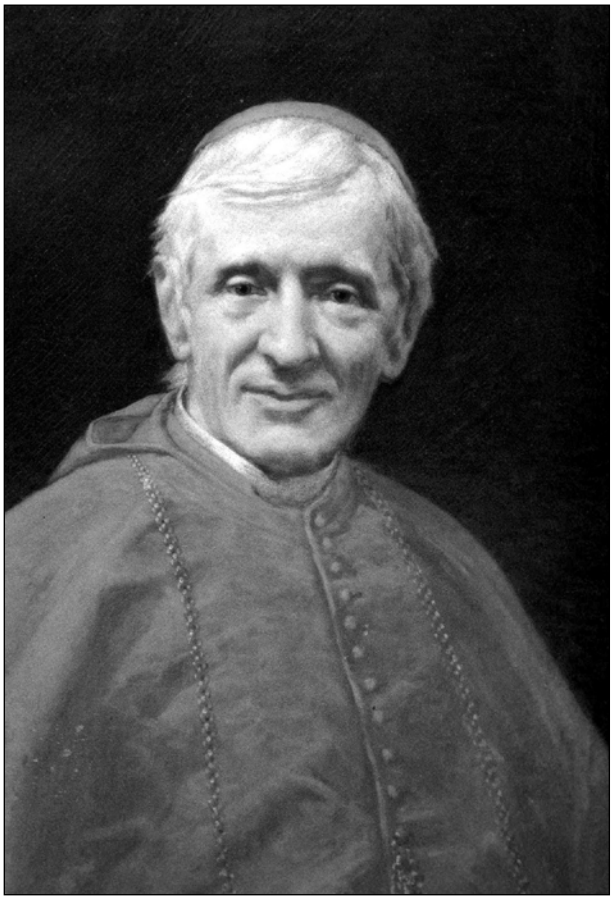
HERMANN GEISSLER

Un año atrás, el 19 de septiembre de 2010, Benedicto XVI proclamó beato al famoso teólogo inglés John Henry Newman. Durante el encuentro navideño con la Curia romana, celebrado el 20 de diciembre de 2010, el Papa hablaba otra vez de Newman, recordando, entre otras cosas, la actualidad de su concepción de conciencia: «En el pensamiento moderno, la palabra "conciencia" significa que en materia de moral y de religión, la dimensión subjetiva, el individuo, constituye la última instancia de la decisión. [...] La concepción que Newman tiene de la conciencia es diametralmente opuesta. Para él "conciencia" significa la capacidad de verdad del hombre: la capacidad de reconocer en los ámbitos decisivos de su existencia –religión y moral– una verdad, "la" verdad. La conciencia, la capacidad del hombre para reconocer la verdad, le impone al mismo tiempo el deber de encaminarse hacia la verdad, de buscarla y de someterse a ella allí donde la encuentre. Conciencia es capacidad de verdad y obediencia en relación con la verdad, que se muestra al hombre que busca con corazón abierto. El camino de la conversión de Newman es un camino de la conciencia, no un camino de la subjetividad que se afirma, sino, por el contrario, de la obediencia a la verdad que paso a paso se le abría».

Newman experimentó que conciencia y verdad se pertenecen, se sostienen y se iluminan recíprocamente; que la obediencia a la conciencia conduce a la obediencia a la verdad. Recurriendo frecuentemente a la experiencia propia, el pensamiento de Newman sobre la conciencia es moderno y personalista, caracterizado por una evidente impronta agustiniana. Para entrar en la cuestión, es necesario al principio describir brevemente el significado de la conciencia según Newman.

Con el tiempo, el término conciencia ha asumido múltiples significados, que en parte son incluso contradictorios entre sí. Newman –se lee en *Sermon Notes*– describe el motivo central de estos contrastes con las siguientes palabras: «En cuanto a la conciencia, para el hombre existen dos modalidades de seguirla. En la primera, la conciencia forma sólo una especie de intuición hacia lo que es oportuno, una tendencia que nos recomienda una cosa y otra. En la segunda, es el eco de la voz de Dios. Todo depende de esta diferencia. La primera vía no es la de la fe; la segunda lo es».

En la célebre *Carta al Duque de Norflok* (1874), Newman profundiza en esta temática. Escribe al respecto: «Cuando los hombres ape-



lan a los derechos de la conciencia, no entienden en absoluto los derechos del Creador, ni el deber que, tanto en el pensamiento como en la acción, tiene la criatura hacia Él. Ellos entienden el derecho de pensar, hablar, escribir y actuar según el propio juicio y el propio ánimo sin pensar en Dios (…). La conciencia tiene derechos porque tiene deberes; pero al día de hoy, para buena parte de la gente el derecho y la libertad de conciencia consisten precisamente en desembarazarse de la conciencia, en ignorar al Legislador y Juez, en ser independientes de obligaciones que no se ven. Consiste en la libertad de abrazar o no una religión (…). La conciencia es una consejera severa, pero en este siglo se ha reemplazado con una falsificación de la que los dieciocho siglos precedentes jamás habían oído hablar o de la que, si hubieran oído, nunca se habrían dejado engañar: es el derecho a actuar según el propio placer».

Esta descripción vale sustancialmente también para nuestro tiempo: la conciencia se confunde hoy frecuentemente con la opinión personal, el sentimiento subjetivo, el arbitrio. Para muchos ya no significa la responsabilidad de la criatura frente al Otro, sino la total independencia, la absoluta autonomía, la pura subjetividad. El santuario de la conciencia ha sido «desacralizado». La responsabilidad frente al Otro se ha desterrado de la conciencia. Las consecuencias de esta interpretación secularizada de la conciencia están dolorosamente a la vista. Emancipándose de la responsabilidad respecto a Dios, de hecho, el hombre tiende a segregarse hasta del prójimo. Vive en el mundo del propio yo, a menudo sin preocuparse del otro, sin interesarse por el prójimo, sin sentirse corresponsable del otro. El puro individualismo, la búsqueda ilimitada del placer del poder y la complacencia sin límites oscurecen el mundo y hacen cada vez más difícil la convivencia pacífica entre los hombres.

Newman en cambio defiende decididamente el significado trascendente de la conciencia.

Para él la conciencia no es una realidad puramente autónoma, sino esencialmente teocéntrica –un «santuario» en el cual el Otro se dirige personalmente a cada alma–. Con los grandes doctores de la Iglesia él confirma que el Creador ha impreso su ley en la criatura racional. «Esta ley, en cuanto es percibida por la mente de cada hombre, se llama "conciencia" y aunque pueda sufrir refracciones distintas al pasar a través de la inteligencia de cada ser humano, no por ello se resquebraja hasta el punto de perder su carácter de ley divina, sino que sigue manteniendo, como tal, el derecho a ser obedecida».

El propio Newman describe el significado y la dignidad de la conciencia con palabras maravillosas: «La norma y la medida del deber no es la utilidad, ni la conveniencia, ni la felicidad del

mayor número de personas, ni la razón del Estado, ni la oportunidad, ni el orden o el *pulchrum*. La conciencia no es un egoísmo clarividente, ni el deseo de ser coherentes con uno mismo, sino la mensajera de Aquél que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, nos habla tras un velo y nos amaestra y nos gobierna por medio de sus representantes. La conciencia es el originario vicario de Cristo, profética en sus palabras, soberana en su perentoriedad, sacerdotal en sus bendiciones y en sus anatemas; y si alguna vez decayera en la Iglesia el eterno sacerdocio, en la conciencia permanecería al principio sacerdotal y ella tendría su dominio».

En la conciencia el hombre no percibe sólo la voz del propio yo. Newman compara la conciencia con un mensajero de Dios que nos habla como detrás de un velo. Incluso denomina a la conciencia como el originario vicario de Cristo y de atribuirle los tres «oficios» mesiánicos del profeta, del rey y del sacerdote. La conciencia es profeta en cuanto que predice si una acción es buena o no; es rey porque nos manda con autoridad: haz esto, evita lo otro; es sacerdote en cuanto que nos «bendice» después de haber realizado una acción buena –esto significa no sólo la experiencia gratificante de la buena conciencia, sino también la bendición que el bien comporta siempre para el hombre y para el mundo– o nos «condena» tras una mala acción –o sea, expresión de la mala conciencia y de las consecuencias negativas del pecado en el hombre y en la sociedad–. Para nosotros es importante que, según Newman, la conciencia está esencialmente enlazada con la responsabilidad respecto al Otro, en cuanto que constituye un principio inscrito en la naturaleza de cada hombre que requiere obediencia, debe formarse y se remite por encima de nosotros mismos –hacia Dios, por el bien propio y ajeno.

En su obra maestra *Gramática del asentimiento* (1870) busca elaborar una «prueba» de Dios a partir de la experiencia de la conciencia. Analizando la experiencia de la conciencia, distingue entre el «sentido moral» (*moral sense*) y el «sentido del deber» (*sense of duty*). Con el sentido moral entiende el juicio de la razón sobre la bondad o maldad de una acción determinada. El sentido del deber, en cambio, es el mandato autorizado de realizar la acción reconocida como buena y evitar aquella reconocida como mala. En sus reflexiones, Newman parte sobre todo de este segundo aspecto de la experiencia de la conciencia.

Siendo «imperativa y cogente, como ningún otro imperativo en toda nuestra experiencia», la conciencia «ejerce una profunda influencia en nuestros afectos y emociones». De modo simplificado podríamos resumir el pensamiento de Newman –que no hay que confundir con un puro psicologismo– de la siguiente manera: cuando seguimos el dictado de la conciencia, nos llenamos de felicidad, alegría y paz. Si no obedecemos esta voz interior, sentimos vergüenza, espanto y temor. Newman interpreta esta experiencia así: «Si, como es el caso, nos sentimos responsables, nos avergonzamos, nos horrorizamos por haber trasgredido la voz de la conciencia, esto supone que existe Alguien respecto a quien somos responsables, ante quien experimentamos vergüenza, cuyas pretensiones tememos. Si al hacer el mal experimentamos el mismo disgusto doliente y desgarrador que nos arrolla cuando ofendemos a nuestra madre; si al hacer el bien gozamos de la misma serenidad luminosa del espíritu, de la misma alegría lenitiva y satisfactoria que deriva de un elogio recibido del padre, ciertamente tenemos en nuestro interior la imagen de una persona a la que contemplan nuestro amor y nuestra veneración, en cuya sonrisa hallamos nuestra felicidad, por quien sentimos ternura, a quien dirigimos nuestras invocaciones, por cuya ira nos preocupamos y consumimos (…), así los fenómenos de la conciencia, entendida como imperativo, sirven para imprimir en la imaginación la imagen de un regidor Supremo, un Juez, santo, justo, poderoso, omnisciente, punitivo».

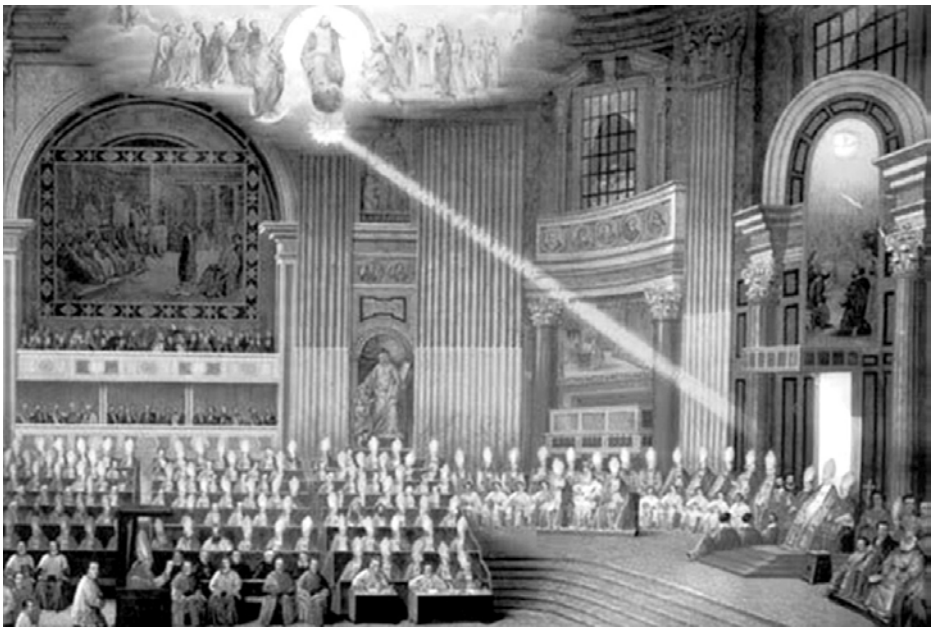
Frente a las tradicionales «pruebas de Dios», Newman afirma que prefiere la vía hacia Dios a

Henry Fitzalan-Howard, decimoquinto duque de Norfolk.

partir de la conciencia. Algunos ven en esta postura una limitación en el pensamiento de Newman, reprochándole haber exagerado la dimensión de la interioridad del hombre. En realidad, Newman no niega las tradicionales «pruebas de Dios», sino que es del parecer de que éstas conducen al hombre sólo a una imagen abstracta de Dios: a un primer Motor, a quien ordena todas las cosas, un Creador y Guía del mundo. Su vía de la conciencia en cambio conduce al hombre hacia un Dios que está en una relación personal con cada uno, que le habla, le muestra sus defectos, le llama a la conversión, le guía al conocimiento de la verdad, le impulsa a hacer el bien, se presenta como su supremo Señor y Juez. Las actitudes morales fundamentales, que brotan de la obediencia a la conciencia, forman, siguiendo a Newman, el «*organum investigandi* que se nos ha dado para ganar la verdad religiosa: esto conduciría a la mente, con una sucesión infalible, desde el rechazo del ateísmo al teísmo y del teísmo al cristianismo, y del cristianismo a la religión evangélica, y de ésta al catolicismo». En la *Apología*, Newman afirma de modo audaz: «Llegué a la conclusión de que, en una verdadera filosofía, no había solución intermedia entre el ateísmo y el catolicismo, y que un espíritu plenamente coherente en las circunstancias en que se halla aquí abajo, debe abrazar o el uno o el otro. Y estoy sin embargo convencido de esto: yo soy católico en virtud de mi fe en Dios; y si se me pregunta por qué creo en Dios, respondo: porque creo en mí mismo. Encuentro, en efecto, imposible creer en mi propia existencia (y de este hecho estoy perfectamente seguro) sin creer también en la existencia de Quien vive en mi conciencia como un Ser Personal, que todo ve, todo juzga».

Las afirmaciones más relevantes sobre el tema conciencia e Iglesia se encuentran en la citada *Carta al Duque de Norfolk*. En este ensayo, Newman rechaza la acusación de que tras la proclamación del dogma sobre la infalibilidad del Papa, los católicos ya no podrían servir al Estado como buenos ciudadanos, pues estarían obligados a entregar la propia conciencia al Papa. Para responder a semejantes ideas, entonces difundidas en Inglaterra, Newman aclara de manera magistral la relación entre la autoridad de la conciencia y la autoridad del Papa.

La autoridad del Papa está fundada en la revelación, expresión de la bondad divina respecto al hombre. Dios ha entregado su revelación a la Iglesia y, en virtud de su Espíritu, se hace garante de que ésta sea preservada, interpretada y transmitida de modo infalibles en la Iglesia y por medio de la Iglesia. Si una persona acoge en la fe esta misión de la Iglesia, entiende en su propia conciencia que debe obedecer a la Iglesia y al Papa. Newman, en consecuencia, puede escribir: «Si el vicario de Cristo hablara contra la conciencia, en el auténtico significado del término, cometería un suicidio; suprimirá la base sobre la que se apoyan sus pies. Su auténtica misión es proclamar la ley



Alegoría artística de la proclamación de la Constitución dogmática *Pastor Aeternus*, que definió el dogma de la Primacía del Papa sobre la Iglesia universal y el de la Infalibilidad del magisterio cuando se pronuncia "ex cathedra", durante el que sería el último día del concilio Vaticano I, el 18 de julio de 1870.

moral; proteger y reforzar esa "Luz que ilumina a cada hombre que viene a este mundo". Sobre la ley y sobre la santidad de la conciencia se fundan tanto su autoridad en teoría como su poder en la práctica (…). Su *raison d´être* es la de ser el ejemplo de la ley moral y de la conciencia. La realidad de su misión es la respuesta al lamento de cuantos sienten la insuficiencia de la luz natural; y la insuficiencia de esta luz es la justificación de su misión» (*Carta al Duque de Norfolk*). No obedecemos al Papa porque alguien nos obliga a hacerlo, sino porque estamos personalmente convencidos en la fe de que el Señor –a través de él y de los obispos en comunión con él– guía a la Iglesia preservándola en la verdad.

La conciencia formada por la fe conduce al hombre a la obediencia libre y madura respecto al Papa. Por otro lado, la Iglesia, el Papa y los obispos iluminan la conciencia necesitada de un apoyo claro y preciso. Newman afirma: «el sentimiento de lo justo y de lo injusto, que en la religión es el primer elemento, es tan delicado, tan irregular, tan fácil de confundirse, de oscurecerse, pervertirse, tan sutil en sus métodos de razonamiento, tan maleable desde la educación, tan influenciado por el orgullo y las pasiones, tan inestable en su curso que, en la lucha por la existencia, entre los múltiples ejercicios y triunfos de la mente humana, este sentimiento al mismo tiempo es el mayor y el más oscuro de los maestros; y la Iglesia, el Papa, la jerarquía constituyen, en la Providencia divina, la respuesta a una necesidad urgente».

Al respecto la Iglesia es una gran ayuda no sólo para la conciencia del creyente individual. Ofrece también un servicio insustituible para la sociedad como abogada de los derechos y de las libertades inalienables de los hombres. Esos derecho y libertades, enraizados en la dignidad de la persona humana, forman la base de los Estados constitucionales modernos, pero como tales no pueden someterse a las reglas democráticas mayoritarias. Defendiendo la dignidad de la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo, y subrayando sus derechos y deberes fundamentales, la Iglesia cumple por lo tanto una misión de extraordinaria importancia para las sociedades modernas.

De acuerdo con Newman no puede existir un choque directo entre la conciencia y la doctrina de la Iglesia. La conciencia, en efecto, carece de competencia en las cuestiones de la doctrina revelada, custodiada de modo infalible por la Igle-

sia. Newman sabe que «en las cosas doctrinales "la majestad de la conciencia" no es el tribunal adecuado para aquello que querría tener como afirmación válida sobre la materia». Si una persona acoge una doctrina revelada y enseñada por la Iglesia, no se trata prioritariamente de una cuestión de conciencia, sino de fe. Así que un creyente que considera que debe rechazar una doctrina de fe, no puede remitirse a su conciencia. O mejor, su conciencia ya no está iluminada por la fe. La conciencia del fiel siempre debe ser una conciencia eclesial formada por la fe.

Pero la autoridad de la Iglesia y del Papa tiene límites. No tiene nada en común con el arbitrio o con los modelos de dominio de este mundo, estando inseparablemente unida al sentido de fe infalible de todo el pueblo de Dios y a la misión específica de los teólogos. La autoridad de la Iglesia se refiere sólo al ámbito de la verdad revelada y necesaria para la salvación. Si el Papa toma decisiones en el terreno de la disciplina o de la administración, obviamente no se trata de intervenciones infalibles.

Sin embargo, incluso aquí Newman ofrece criterios claros y precisos para el creyente: «*Prima facie* es un estricto deber, también por un sentido de lealtad, creer que el Papa tiene razón y actuar por ello en conformidad. Así que debe vencer esa mezquina, inicua, egoísta y vulgar propensión de la propia naturaleza, la cual, en cuanto oye hablar de mandato, se sitúa en contraposición al superior que lo ha impartido; se pregunta si este último no habrá ido más allá de sus propios derechos, complaciéndose en afrontar todo con escepticismo en los juicios y en la acción. No debe alimentar ningún testarudo propósito de ejercer el derecho de pensar, decir y hacer lo que le parece y apetece, sin preocuparse mínimamente de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto, de la obligación misma de la obediencia, si es posible, y de ese amor que nos impulsa a hablar como habla el propio superior y a estar siempre a su lado en cualquier caso. Si esta regla fundamental se observara, los conflictos entre la autoridad del Pontífice y la autoridad de la conciencia serían extremadamente raros. Por otro lado, al ser, en los casos extraordinarios, la conciencia de cada uno libre de actuar según el propio talento, tenemos la garantía y la seguridad (…) de que ningún Papa jamás podrá crear para sus objetivos personales (…) una falsa conciencia» (*Carta al Duque de Norfolk*).

Newman concluye sus afirmaciones sobre la conciencia en la *Carta al Duque de Norfolk* con el siguiente brindis famoso: «Si fuera obligado a introducir la religión en los brindis después de un almuerzo (cosa que en verdad no me parece lo más oportuno), brindaré, si deseáis, por el Papa; sin embargo, antes por la Conciencia; después por el Papa». Esta ocurrencia, que expresa también el fino humor de Newman, significa ante todo que nuestra obediencia al Papa no es una obediencia ciega, sino sostenida por la conciencia formada por la racionalidad de la fe. Quien en la fe ha acogido la misión del papa, le escuchará por convicción personal de conciencia. En este sentido, primero vienen la conciencia, aquella iluminada por la fe; y después el papa.

Mantiene decididamente Newman la correlación entre conciencia e Iglesia. No es posible remitirse a él o a su citado brindis para contraponer la autoridad de la conciencia con la del Papa. Ambas autoridades, la subjetiva y la objetiva, permanecen dependientes una de otra. Hoy la palabra conciencia es un término equívoco y frecuentemente malentendido. Con su camino de vida y su sólida doctrina, el beato John Henry Newman puede ayudarnos a redescubrir el verdadero significado de la conciencia como eco de la voz de Dios, rechazando al mismo tiempo interpretaciones insuficientes y erradas. Newman siempre afirmó plenamente la dignidad de la conciencia subjetiva, sin desviarse jamás de la verdad objetiva. Él no diría: conciencia sí –Dios o fe o Iglesia no; sino más bien: conciencia sí –y precisamente por eso Dios y fe e Iglesia sí. La conciencia es la abogada de la verdad en nuestro corazón; es «el originario vicario de Cristo».●—.

Verses on Various Occasions, XXX

The scars of sin

My smile is bright, my glance is free,
My voice is calm and clear;
Dear friend, I seem a type to thee
Of holy love and fear.

But I am scann'd by eyes unseen,
And these no saint surround;
They mete what is by what has been,
And joy the lost is found.

Erst my good Angel shrank to see
My thoughts and way of ill;
And now he scarce dare gaze on me,
Scar-seam'd and crippled still.

La expulsión de Adán y Eva del Paraíso, 1791 Benjamin West

TRADUCCIÓN JORGE FERRO

Las cicatrices del pecado

Brillante es mi sonrisa, y franca mi mirada,
Mi voz es calma y clara;
Mi amigo querido, te parezco
Un emblema de amor y temor sacros.

Mas ojos invisibles me escudriñan,
Y no envuelven un santo;
Contrastan lo que es y lo que ha sido
Y encuentran perdida la alegría.

Se estremecía otrora el ángel mío
Al ver mis obras y pensamientos malos.
Y ahora apenas se atreve a contemplarme
Aún con cicatrices, mutilado.

Iffley, November 29, 1832

Newman acerca del islam y los turcos

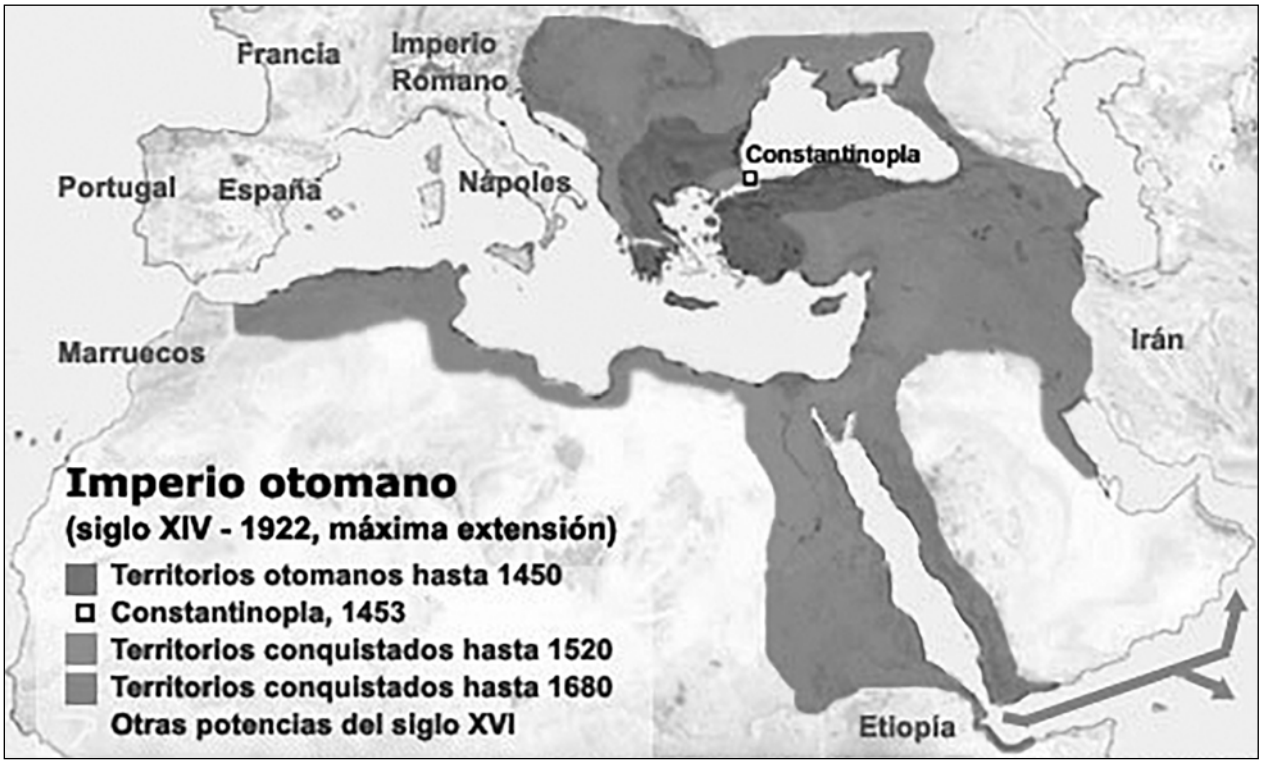
Comentarios y traducción
FERNANDO MARÍA CAVALLER

Varias veces hemos hecho referencia a eventos o situaciones de la cultura actual que Newman puede iluminar con su pensamiento. Nadie ignora que el islamismo se ha convertido en los últimos años en tema de importante consideración, e interesa al respecto lo que Newman escribió en su extensa *Historia de los turcos en su relación a Europa*, una serie de conferencias que dictó en el Catholic Institute de Liverpool durante octubre de 1853, y que luego publicó en el primer volumen de *Historical Sketches*. [1]

En ese año comenzaba la guerra de Crimea, un conflicto bélico entre el Imperio ruso regido por la dinastía de los Romanov, y la alianza entre el Imperio británico, el Segundo Imperio francés, el Reino de Cerdeña, y el Imperio otomano, al cual apoyaban los tres anteriores para evitar su hundimiento y el excesivo crecimiento de Rusia. El conflicto se desarrolló entre octubre de 1853 y febrero de 1856. La mayor parte del mismo tuvo lugar en la península de Crimea, en el mar Negro. Pero Newman no estaba de acuerdo con que Inglaterra se aliara con Turquía, un imperio musulmán, en contra de Rusia, un imperio cristiano. Dice así en el Prefacio:

Tal obra en el momento presente, cuando estamos a punto de comprometernos en una gran guerra de parte de los turcos, puede parecer sin sentido a menos que conduzca al lector hacia algunas conclusiones definidas de qué debe desearse en la situación presente del Este; sin embargo, un ministro religioso puede protestar justamente contra el hecho de convertirse en un político. Las cuestiones políticas son decididas principalmente por conveniencia política, y sólo indirectamente y bajo ciertas circunstancias caen en el territorio de la teología. Mucho menos puede hacerse semejante pregunta a sacerdotes de esa Iglesia cuya voz en este asunto ha estado desatendida por los poderes de Europa durante cinco siglos. Deben cosechar lo que han sembrado: si hubieran seguido el consejo de la Santa Sede no habría habido turcos en Europa para ser echados de allí por los rusos. Todo lo que se necesita decir aquí en interés del Sultán es que los poderes cristianos tienen que mantener las legítimas promesas que le han hecho. Todo lo que se necesita decir en favor del Zar es que está atacando a un poder infame, el enemigo de Dios y del hombre. Y todo lo que es necesario decir a modo de advertencia al católico es que debería tener cuidado con reforzar la causa del Zar negando o ignorando su punto fuerte. Es difícil de entender cómo un lector de historia puede estar del lado del pueblo español en su lucha contra los moros de siglos pasados, sin desear buena suerte, por mera lógica, a cualquier poder cristiano que aspire a librar el este europeo del yugo turco.

1 *Lectures on the History of the Turks in their relation to Europe*, HS I, pp, 1-238.



Extensión del Imperio otomano.

La obra se desarrolla según los siguientes tópicos: I. La tierra madre de los turcos: Las tribus del norte, Los tártaros; II. El descenso de los turcos: Los tártaros y los turcos, Los turcos y los sarracenos; III. La conquista de los turcos: Los turcos y los cristianos, El Papa y los turcos; IV. Las perspectivas de los turcos: Barbarie y civilización, El pasado y el presente de los otomanos, El futuro de los otomanos.

La historia comienza con los antepasados, en la tierra madre de los turcos, es decir, las tribus del norte, desde los escitas conquistados por los persas en el siglo VI a.C., hasta el imperio de los hunos del siglo V d.C., y el imperio de los tártaros en el norte y centro de Asia del siglo VI y VII. Luego sigue la islamización de los turcos por su sujeción a los sarracenos durante los siglos VIII al XI, y su imperio en el Hindostán hasta el siglo XIII, y en Persia y Asia menor los siglos XI y XII. Más tarde viene su descenso hacia el oeste durante los siglos XII al XIV, el Imperio otomano en Asia, África y Europa, creciendo durante 270 años desde el siglo XIV al XVI, y su declinación desde la batalla de Lepanto (1571) hasta 1841.

Vamos directamente al siglo XI. Hacia el 1040 los turcos conquistaron Sogdiana y Khorasan, y se convirtieron definitivamente a la fe musulmana. Newman dice:

Esta era fue un punto de inflexión en su historia en un sentido distinto y más serio. En Sogdiana y Khorasan se convirtieron a la fe mahometana. No iréis a suponer que voy a alabar una impostura religiosa, pero ningún católico necesita negar que, considerado en sí mismo, es un gran progreso sobre el paganismo. El paganismo no tiene regla de bien y mal, ni juez supremo e inmutable, ni revelación inteligible, ni dogma alguno fijado. Por otro lado, Mahoma tomó prestado de la Iglesia, y son mantenidos tenazmente por sus seguidores, el único Dios, el hecho de Su revela-

ción, Su fidelidad a Sus promesas, la eternidad de la ley moral, y la certeza de una recompensa futura. El falso profeta enseñó mucho que es materialmente verdadero y objetivamente importante, cualquiera sea su valor subjetivo y formal y la influencia en los individuos que lo profesan. Su credo está situado entre la religión de Dios y la religión de los demonios, entre el cristianismo y la idolatría, entre Occidente y el Extremo Oriente. Y así estaban los turcos al adoptar su fe en la época de que estoy hablando: se situaron entre Cristo en Occidente y Satán en Oriente, y tuvieron que hacer su elección, y ¡ay! fueron llevados por las circunstancias del tiempo a oponerse no al paganismo sino a la cristiandad. Ciertamente le tocó una suerte más feliz al pobre sultán Mahmod que a los parientes que le siguieron. Mahmod, mahometano, fue hacia Oriente y encontró una superstición peor que la suya, y luchó contra ella y la hirió, y las puertas de sándalo que arrancó violentamente del templo idolátrico y colocó en su tumba en Gazna, casi parecen interceder por él a través de los siglos como el soldado y el instrumento del Cielo. Las tribus que le siguieron, también musulmanas, fueron hacia Occidente, y encontraron no el error sino la verdad, y lucharon contra ella tan celosamente como él, y al hacerlo fueron simplemente juguetes del Maligno, predicadores de una mentira y enemigos, no testigos, de Dios. Uno destruyó templos de ídolos, los otros santuarios cristianos. Uno había sido salvado del infortunio de perseguir a la Novia del Cordero, los otros son de todas las razas la mayor progenie de la serpiente que la Iglesia ha encontrado desde que fue establecida. Por 800 años las puertas de sándalo permanecen en la tumba de Mahmod, y por 800 años Seljuk y Omán han sido nuestro enemigo, señalado como tal y denunciado por sucesivos Vicarios de Cristo. (pp. 87-88)

Después de hablar de las persecuciones a los peregrinos que iban a Tierra Santa y del comienzo de las Cruzadas, dice más adelante:

Los fieros godos y vándalos, y luego los lombardos, fueron convertidos al catolicismo. Los anglosajones dejaron sus ídolos ante la predicación de san Agustín y sus compañeros. Las tribus germanas reconocieron a Cristo entre sus bosques, aunque martirizaron a san Bonifacio y a otros misioneros ingleses e irlandeses que llegaron a ellos. Los magyares en Hungría fueron llevados a la fe por su lealtad a su monarca temporal, su misionero real san Esteban. Los paganos daneses reaparecen como los caballeros normandos, los arrogantes pero verdaderos hijos y vasallos de San Pedro. Aún los sarracenos, que dieron nacimiento a una impostura, se extinguieron en 300 o 400 años, y no tuvieron el poder, aunque sí el deseo, de perseverar en su enemistad a la Cruz. Los tártaros tuvieron tanto el deseo como el poder, pero estaban lejos de la cristiandad... Pero la raza infeliz de la que estoy hablando, desde el primer momento que aparece en la historia del cristianismo es su enemigo no mitigado, obstinado y consistente... Es un misterio, pero los hechos afirman que desde el año 1048 los turcos han sido el gran Anticristo entre las razas de los hombres. (pp. 104-105)

En cuanto a la actitud de la Iglesia, destacan párrafos como el siguiente:

Si de hecho, al final, y después de todas sus desilusiones y reveses, el Papa no fue exitoso en su lucha contra los otomanos, lo veremos más tarde, pero, ciertamente, si la perseverancia merecía un resultado favorable, al menos ha tenido derecho a esperarlo. La guerra con los turcos fue su clamor ininterrumpido por siete u ocho siglos, desde el undécimo al decimoctavo. Es un acontecimiento solitario y singular en la historia de la Iglesia. Silvestre II fue el que dio origen al esquema de unión de naciones cristianas contra ellos. San Gregorio VII reunió 50.000 hombres para repelerlos. Urbano II verdaderamente movilizó la larga cruzada. Honorio II instituyó la Orden de los Caballeros Templarios para proteger a los peregrinos de sus asaltos. Eugenio III envió a san Bernardo a predicar la Cruzada. Inocencio III abogó por ella en el Concilio de Letrán. Nicolás IV negoció una alianza

Mahmod de Gazni y su ejército atacando la fortaleza de Zaranj (Afganistán), cerca de la frontera iraní.

con los tártaros para su cumplimiento. Gregorio X estaba en Tierra Santa en medio de la cruzada con nuestro Eduardo I, cuando fue elegido papa. Urbano V recibió y se reconcilió con el emperador griego en vistas de su renovación. Inocencio VI envió al venerable Pedro Tomás el carmelita a predicar en su nombre. Bonifacio IX levantó la magnífica armada de franceses, germanos y húngaros, que pelearon la batalla de Varna. Nicolás V envió a san Juan de Capistrano para urgir a los príncipes cristianos contra el enemigo. Calixto II envió a los célebres huniades a luchar contra ellos. Pío II dirigió al Sultán una carta apostólica de advertencia y denuncia. Sixto IV mandó una flota contra ellos. Inocencio VIII hizo de ellos su marca del principio al fin de su pontificado. San Pío V agregó la advocación "Auxilium christianorum" a las Letanías de Nuestra Señora en agradecimiento por su victoria contra ellos en *Lepanto. Gregorio XIII instituyó con el mismo propósito la Fiesta del rosario. Clemente IX murió de dolor a raíz de los triunfos turcos. El venerable Inocencio XI instituyó la Fiesta del Santo Nombre de María por su derrota ante Viena. Clemente XI extendió la Fiesta del rosario a toda la Iglesia por la gran victoria cerca de Belgrado. Estos son algunos de los muchos ejemplos que pueden darse, pero suficientes para mostrar la perseverancia de los Papas...*

Desde el principio [la Santa Sede] señaló [a los turcos] como objeto de alarma para toda la cristiandad... Los expuso a la reprobación de Europa, como un pueblo con quien, si la caridad difiere de la ferocidad inmisericorde, la ternura de la dureza de corazón, la depravación de los apetitos de la virtud, y el orgullo de la mansedumbre y la humildad, los fieles nunca podrán tener simpatía ni alianza. La Santa Sede denunció, no meramente una deformidad odiosa remota, penosa simplemente a la vista y al olfato moral, sino un mal enérgico, un enemigo agresivo, ambicioso y voraz, en quien la vileza de vida y la crueldad de conducta fueron hechos método por el sistema, consagrados por la religión y propagados por la espada. No soy insensible, y deseo hacer justicia, a las altas cualidades de la raza turca. No niego absolutamente a su carácter nacional la grandeza, la

fuerza y originalidad, el valor, la veracidad y sentido de justicia, de sobriedad y gentileza, de las que hablan los historiadores y viajeros, pero a pesar de todo lo que ha sido hecho por ellos a través de la naturaleza y del mundo europeo, el tártaro es aún el producto de su composición, y cualesquiera puedan ser sus dones y logros, no los hacen sino más eficientes enemigos de la fe y la civilización. (pp. 108-111)

Luego continúa con un interesante relato pormenorizado de la situación en que terminaron todas las prósperas regiones orientales y europeas una vez arrasadas por los turcos. Es especialmente impresionante la descripción del antes y después del Asia Menor, tierra de grandes personajes de la Antigüedad, y luego tierra cristiana de mártires, Santos Padres y los primeros concilios de la Iglesia.

Asia Menor especialmente, la península que yace entre el mar Negro, el Archipiélago y el Mediterráneo, era por naturaleza uno de los más bellos y uno de los más fértiles países. Por generaciones tuvo un floreciente comercio, y había sido tachonado con magníficas ciudades, cuyas ruinas se alzan hoy como un sepulcro del pasado. Ningún país quizás ha visto una sucesión tal de prósperos estados, y tuvo semejante cantidad de reminiscencias históricas, en épocas tan distintas y en tan variada distribución territorial. Es memorable en el comienzo de la historia por sus reyes y nobles bárbaros, cuyos nombres permanecen como lugares comunes y proverbios de riqueza y lujo. La magnificencia de Pélope da lustre incluso a los sueños brillantes de la mitología. El nombre de Creso, rey de Lidia, es como un proverbio por sus enormes riquezas. Midas, rey de Frigia, tuvo tal abundancia de metales preciosos que los poetas dijeron que tenía el poder de convertir todo lo que tocaba en oro. La tumba de Mausolo, rey de Caria, fue una de las Siete maravillas del mundo antiguo. Ocurrió lo mismo con las colonias griegas que se diseminaron a lo largo de sus costas; son renombradas por su opulencia, por su filosofía, y por las artes liberales y las bellas artes. Fueron sus ciudadanos, Homero entre los poetas, Tales entre los filósofos, Heródoto el padre de la historia, Hipócrates el oráculo de los médicos, Apeles el príncipe de los pintores, y Pitio, que regaló a uno de los reyes persas un plátano y un racimo de uvas de oro macizo, fue en época, ante aquellos reyes, el hombre más rico del mundo conocido. Luego vienen las muchas espléndidas ciudades fundadas por los sucesores de Alejandro, a través de su territorio; y los poderosos y opulentos reino, griegos o bárbaros, de Ponto, Bitinia y Pérgamo, este último con su biblioteca de 200.000 volúmenes escogidos…

Después la región llegó a ser una de las primeras sedes del cristianismo. San Lucas en los Hechos de los Apóstoles nos relata los trabajos apostólicos de san Pablo en la ciudad y el campo. San Juan escribió el Apocalipsis a los Iglesias de siete de sus principales ciudades, y san Pedro su Primera carta a los cristianos diseminados por sus provincias. Fue el hogar de algunos de los más grandes santos, mártires, y doctores de la época primitiva. Allí, en Bitinia, se manifestó primero el poder del cristianismo sobre la población pagana; allí san Policarpo fue martirizado, y san Gregorio Taumaturgo convirtió a los habitantes del Ponto; allí san Gregorio Nacianceno, san Gregorio Niceno, san Basilio, y san Anfiloquio, predicaron y escribieron. Allí tuvieron lugar tres de los primeros cuatro concilios de la Iglesia, en Calcedonia, Éfeso y Nicea, la ciudad profanada después por el palacio del Sultán. Abundó la región en dones naturales, para alimento, utilidad y ornamentación; sus ríos corrían con oro, sus montañas daban los mármoles más costosos; tenía minas de cobre, y especialmente de hierro; sus llanuras eran fructuosas en toda clase de granos, en amplias pasturas y ricos bosques, mientras sus colinas eran favorables al olivo y las viñas.

Tal era esa región, celebrada una vez por sus ventajas naturales, sus artes, su esplendor,

Interior de la Basílica de Santa Sofia, hoy vuelta a transformar en mezquita por la República de Turquía..

así como por sus dones de gracia; y la miseria y degradación que presentan ahora sobre el mismo suelo, son emblemas de esa ruina peor que alcanzaron las almas de sus hijos… No encuentro culpa por la mera circunstancia de que las escenas de antigua grandeza se encuentren en ruinas… Hay ruinas suficientes en Europa, pero la fuerza del argumento está en que en estos países hay ruinas y nada más, de que lo viejo se ha ido, y no ha sido reemplazado por lo nuevo… Todo estuvo volviéndose salvaje… El estado de la población está de acuerdo con la condición de abandono del país… Esta desolación no es un accidente de un imperio en declive; data del mismo tiempo en que el Turco entró en el país, desde la era de los sultanes Seljukian, hace ochocientos años. Tenemos pruebas indirectas pero claras de ello en al curso de la historia siguiente a su expulsión del país por los cruzados. Por un tiempo los griegos recuperaron su dominio en la porción occidental, y fijaron la residencia imperial en Nicea, que había sido la capital de los Seljukians… En el curso de algunos años, el dominio imperial llegó a ser el granero y el jardín de Asia… Tal fue la inmediata consecuencia cuando el hombre coopera con la abundancia de la naturaleza en esta región fructuosa; y resalta de manera prominente por contraste con la miseria de la dominación turca… Esta miseria se encuentra, no sólo en Asia Menor, sino dondequiera se halla a los turcos en el poder… Si pasamos por Egipto, el relato es el mismo… (pp 116-122)

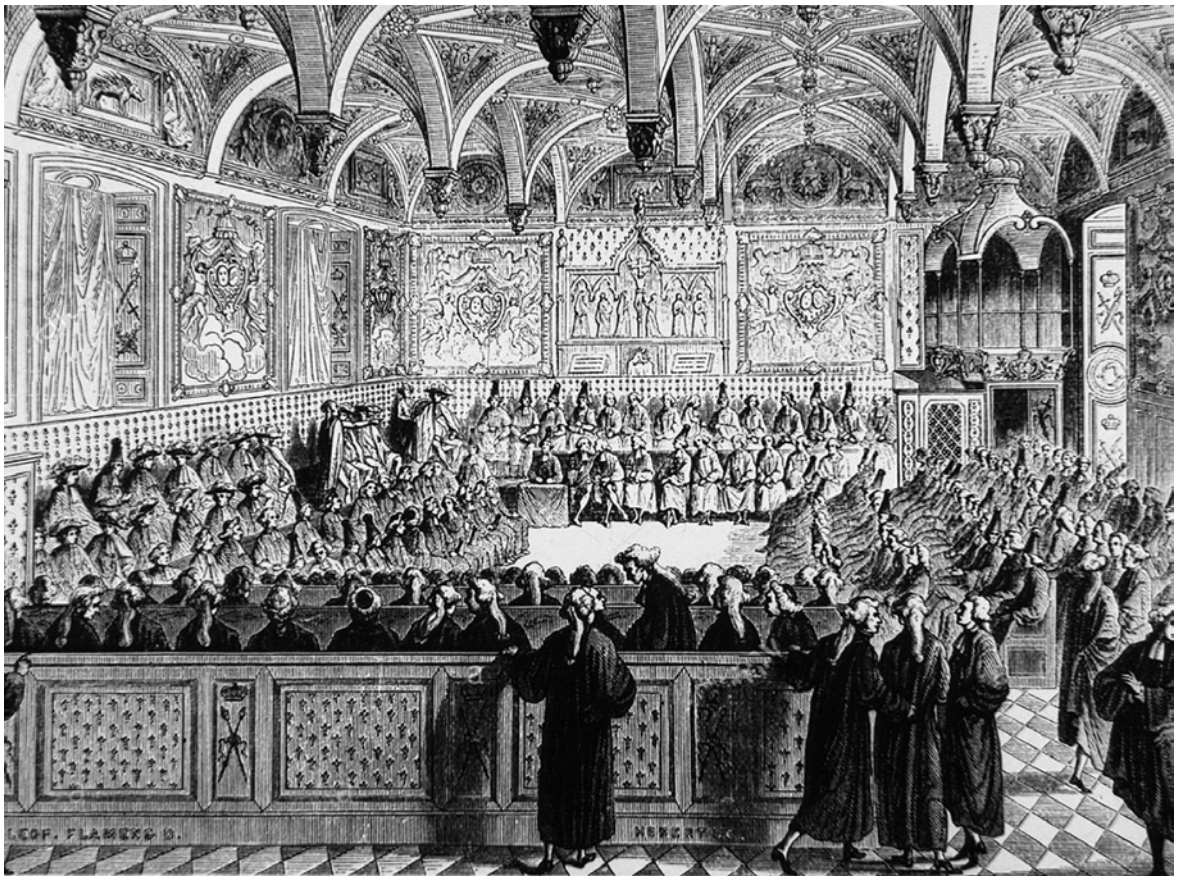
Luego describe el ascenso del Imperio otomano hasta la toma de Constantinopla (exactamente 400 años antes del momento en que Newman está escribiendo). Allí cuenta el estado de guerra entre príncipes cristianos mientras el poder otomano crecía, y cómo perdieron muchas

Representación medieval de la Toma de Constantinopla por los turcos en mayo de 1453.

oportunidades de vencerlo. Y después de un par de intentos fallidos, Newman relata en admirable prosa el cónclave que llevó al pontificado a san Pío V y la famosa batalla de Lepanto.

Los éxitos turcos comenzaron en la mitad del siglo XI, y terminaron en la mitad del siglo XVI, cuando, justo quinientos años después de san Gregorio y Malek Shah, Selim el Borracho llegó al trono de Otmán, y san Pío V al trono de los Apóstoles. Pío fue papa en 1566 y Selim sultán en ese mismo año. ¡Qué extraño contraste, caballeros, presentaba en aquella época Roma y Constantinopla! Ninguna era lo que había sido, pero habían cambiado en direcciones opuestas. Ambas habían sido sede del poder imperial: Roma, donde la herejía nunca floreció, había cambiado sus emperadores por la sucesión de san Pedro y san Pablo, y Constantinopla había pasado de la supremacía secular al cisma, y de allí a la apostasía blasfema. La infeliz ciudad, que con sus provincias sometidas había sido sucesivamente la sede del arrianismo, del nestorianismo, y del focianismo,[2] ahora se había convertido en la metrópolis del falso profeta. Y mientras en Occidente el gran edificio de la Basílica Vaticana se reedificaba en magníficas proporciones y costosos materiales, ¡la Basílica de Santa Sofía en Oriente era degradada convirtiéndola en mezquita! ¡Qué extraño contraste en el estado de los habitantes de cada lugar! Aquí en la ciudad de Constantino, la increencia que negaba a Dios era acompañada de una forma de vida impura y degradante del hombre, que esclavizaba a la mujer y corrompía a la juventud. Pero allí, en la ciudad que los Apóstoles

2 Arrio (s IV), Nestorio (s V), Focio (s IX).



Grabado representativo de una sesión del Concilio de Trento (1545-1563).

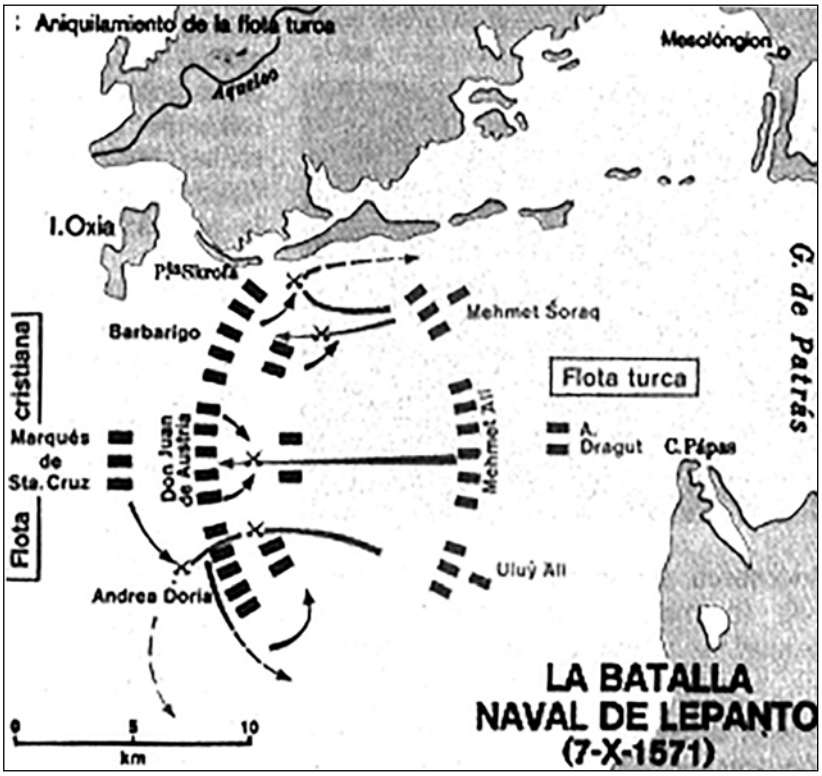
consagraron con su sangre, la grande y verdadera reforma de la época estaba en pleno progreso, las afirmaciones doctrinales y disciplinares del gran Concilio de Trento habían sido al fin promulgadas... y allí, cuando la Santa Sede quedó vacante y un papa debía ser nombrado para las grandes necesidades que tenía la Iglesia, un santo estaba presente en el cónclave para hallar un hermano santo, y recomendarle a los sufragios de los Padres y Príncipes de la Iglesia para la Silla de San Pedro. (pp.150-151)

Newman habla aquí de san Carlos Borromeo y el cardenal Alessandrino, que sería san Pío V, cuya personalidad describe basándose en el juicio positivo de un historiador protestante:

Cuando era papa vivía con toda la austeridad de una vida monástica, ayunaba con el máximo rigor y puntualidad, no vestía atuendos más finos que los que había usado antes, se levantaba a una hora extremadamente temprana y no dormía siesta... El pueblo llegó al entusiasmo cuando lo vio caminando en procesión, descalzo y con la cabeza descubierta, con la expresión de una piedad desafectada en su rostro y con su larga barba blanca nieve cayendo sobre su pecho. Pensaron entonces que nunca había habido un papa tan piadoso, y se dijeron unos a otros cómo su solo aspecto habría convertido a los herejes. (pp. 153-154)

Luego viene el relato de la batalla de Lepanto.

Tuvo éxito en formar la santa liga entre él [el papa Pío V], Felipe II de España y los venecianos. Don Juan de Austria, medio hermano del rey Felipe, fue nombrado comandante en jefe de



Esquema de la disposición de las flotas cristiana y turca en la Batalla de Lepanto.

las fuerzas, y Colonna almirante... Pero tanta era la cobardía y los celos de las partes, que llegó el otoño y nada importante se había logrado. Se unieron las armas con dificultad, y con dificultad se puso fin a las disensiones de los comandantes, mientras los otomanos recorrían el golfo de Venecia, y bloqueaban los puertos aterrorizando a la misma ciudad. Pero el santo papa estaba seguro del éxito de su causa por sus propias armas, que los turcos no comprendían. Había fijado un triduo de súplica en Roma, y él mismo tomó parte en la procesión. Había proclamado un jubileo para todo el mundo cristiano por el feliz término de la guerra. Había suplicado a la Santísima Virgen por su causa. Después de la Misa mayor en su capilla, presentó a su almirante un estandarte de damasco rojo bordado con un crucifijo y las figuras de san Pedro y san Pablo, con la leyenda "In hoc signo vinces". Luego, enviándolo a Messina, donde estaba la flota aliada, le aseguró al general en jefe y a la armada que "si, confiando más en la ayuda divina que en la humana, atacaban al enemigo, Dios no sería deficiente en Su propia causa. Le auguró un resultado próspero y feliz, no fundado en alguna esperanza débil o casual sino en la guía divina, y por las esperanzas de muchos hombres santos". Más aún, les pidió a los oficiales que miraran por la buena conducta de sus tropas, reprimiendo blasfemias, juegos, motines, y saqueos, para que fueran de este modo más merecedores de la victoria. Así, fue proclamado un ayuno de tres días para la flota, comenzando en la Natividad de nuestra Señora. Todos los hombres fueron a confesarse y a comulgar, y se les aplicaron las indulgencias plenarias que el Papa había concedido a la expedición... La noche anterior a la batalla, y el día de la misma, anciano como era y quebrado por una cruel enfermedad, el santo había pasado ayunando y orando en el Vaticano. A lo largo de toda la ciudad santa los monasterios y los colegios estaban también en oración. Cuando llegó el atardecer, el tesorero pontificio pidió una audiencia con el soberano Pontífice por un asunto importante. Pío estaba en un dormitorio y comenzó a conversar con él, cuando de repente paró la conversación,

Revelación a San Pío V de la victoria de la Santa Liga en Lepanto", cuadro atribuido a Juan de Toledo (1611-1665). Se conserva en el Museo Naval de Madrid.

le dejó, abrió la ventana, y levantó la mirada al cielo. Luego cerró la ventana, miró gravemente a su visitante y dijo: "No es tiempo para negocios. Vaya y dé gracias al Señor Dios. En esta misma hora nuestra flota ha combatido al turco y obtenido la victoria". Cuando el tesorero salió, le vio caer de rodillas ante el altar lleno de gratitud y alegría... Fue una repetición, bajo diferentes circunstancias, de la historia de León y los hunos.[3] ***En el contraste entre los combatientes vemos el contraste de las historias del bien y del mal. El Enemigo, como los turcos en su batalla, precipitándose con la furia terrible de las bestias salvajes, y la Iglesia, combatiendo siempre con la enérgica perseverancia y la heroica obstinación de san Pío.*** (pp.155-158)

Después de esta historia y sus derivaciones hasta la época de Newman, interesa muchísimo la conferencia que trata sobre las perspectivas futuras del Imperio otomano, porque las fundamenta en unas consideraciones muy lúcidas sobre lo que es "barbarie" y "civilización". Después de afirmar que en un momento u otro los otomanos llegarán a su fin, pues todo poder humano tiene su término antes o después, y los estados se elevan y caen, y nos ilustra con varios ejemplos de la historia, enuncia algunos principios básicos tomados también de la experiencia histórica.

Primero de todo, asumiré como algo razonable, que la catástrofe de un estado está de acuerdo con sus antecedentes, y su destino de acuerdo a su naturaleza; y por ello, no podemos aventurar ninguna anticipación de los instrumentos o de las condiciones de su muerte, hasta que sepamos algo acerca del principio y del carácter de su vida. Luego, afirmo que, si un estado es por su misma idea una sociedad, y una sociedad es un conjunto de muchos individuos unidos por su participación en alguna posesión común, y para la extensión de esa posesión común, la presencia de esa posesión tenida en común constituye la

3 Se refiere a la llegada de Atila, rey de los hunos, a la ciudad de Roma, en el siglo V, cuando el papa san León Magno le salió al encuentro en procesión, e impidió la invasión de la Ciudad santa.

vida, y la pérdida de ella es la disolución de un estado… En cuanto al poder otomano, tenemos que informarnos en qué consiste su vida, y cuáles son los peligros a que está expuesta esa vida, desde la naturaleza de su constitución.

Ahora bien, los estados pueden ser divididos en general en bárbaros y civilizados; su posesión común, o vida, es algún objeto o de sentido o de imaginación; y su ruina y destrucción es o externa o interna. Y hablando en términos generales, sin aludir excepciones o limitaciones… podemos decir que los estados bárbaros viven en una común imaginación, y son destruidos desde fuera, mientras que los estados civilizados viven de algún objeto común de sentido, y son destruidos desde dentro.

Por objetos de imaginación me refiero a tales como la religión, verdadera o falsa (pues no hay sólo falsa imaginación sino verdadera), la misión divina de un soberano o una dinastía, y la fama histórica. Y por objetos de sentido me refiero a los intereses seculares, el país, el hogar, la protección de la persona y la propiedad.

Por enemigos externos me refiero guerras extranjeras, influencia extranjera, insurrección de esclavos o de razas sometidas, plagas, enormidades accidentales de individuos en el poder, y otros instrumentos análogos a lo que, en el caso de un individuo, se llama muerte violenta. Por enemigos internos me refiero a contiendas civiles, cambios excesivos, revolución, decadencia del espíritu público, que pueden ser considerados análogos a una muerte natural.

…No incluyo la degeneración moral entre los instrumentos de su destrucción, porque esto corresponde a todos los estados, civilizados y bárbaros, y es más una disposición que los expone a la influencia de lo que es su ruina que una causa directa de la ruina en sí. (pp.159-163)

No podemos aquí resumir el detalle y las diversas consideraciones que hace Newman para describir un estado bárbaro y uno civilizado, y cómo pueden decaer el uno y el otro, con muchos ejemplos históricos reales. Se podría citar este párrafo:

Por "barbarie" supongo un estado de naturaleza, y por "civilización" un estado de cultivo y disciplina mental… no esa perfección a la que apunta la naturaleza, y requiere alcanzar, y no puede por sí misma, sino una segunda clase de perfección de la naturaleza, que siendo lo que es y permaneciendo lo que es, sin ningún principio sobrenatural, la logra sólo con sus poderes de raciocinio, juicio, sagacidad, imaginación plenamente ejercida, y los afectos y pasiones bajo control suficiente. Tal fue, en alta excelencia, en las paganas Grecia y Roma, donde la percepción de los principios morales, poseída por el intelecto cultivado y consumado, por la mente de Platón o Isócrates, de Cleantes, Séneca, Epicteto o Antonino, rivalizó en pretensiones externas con la enseñanza inspirada del Apóstol de los gentiles. Tal es hoy, no sólo en su recepción de los principios religiosos y morales… sino especialmente en la especialidad peculiar de estos tiempos: en ciencia y arte, en física, en política, en economía y técnica… Así como el instinto es perfecto según su tipo al principio, y nunca avanza, mientras que el alcance del intelecto está siempre creciendo, así también los estados bárbaros son lo mismo más o menos de principio a fin, y esta es su característica, mientras que los estados civilizados, aunque habían tenido una era bárbara, están siempre avanzando cada vez más lejos de ella, y su distintivo es el progreso…

Mientras Atila alardeaba de que las patas de su caballo aplastaban el pasto que pisoteaban, y Gengis Khan de galopar sobre las ciudades que había destruido, Seleuco, o Ptolomeo, o Trajano, cubrieron la extensión de sus conquistas con amplias capitales, emporios de comercio, nobles caminos, y puertos espaciosos. Lucullus formó una magnífica biblioteca en el Este, y César convirtió sus expediciones en el norte

San León Magno sale al encuentro de Atila, Rafael, Museos Vaticanos.

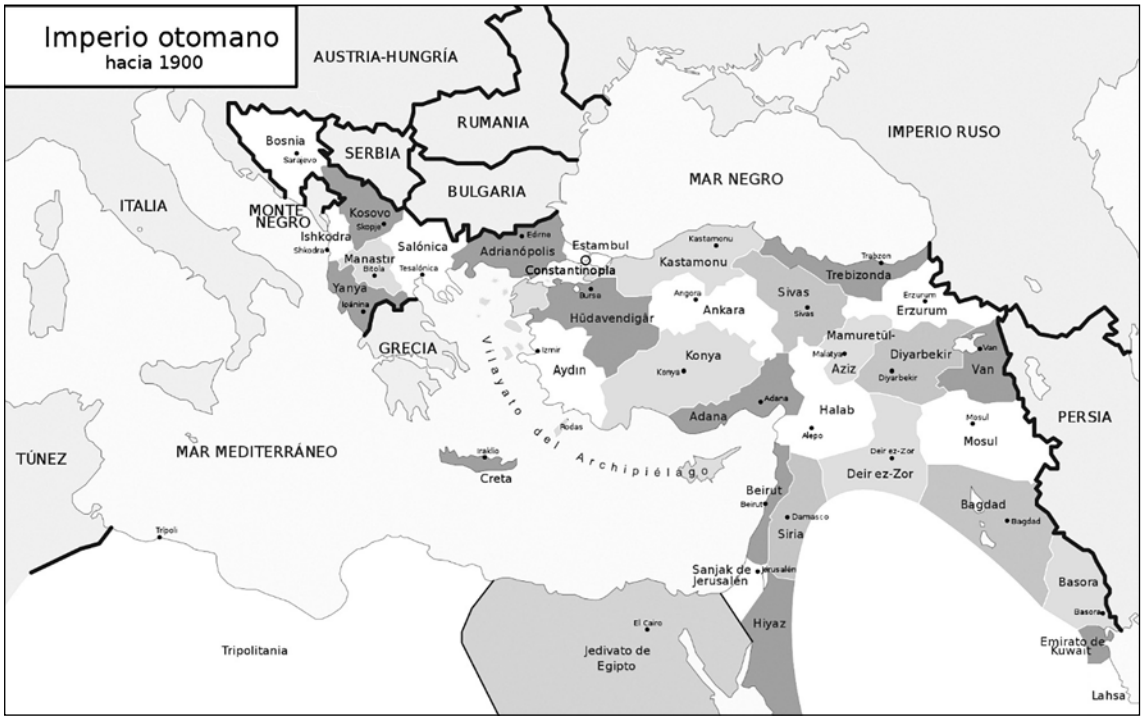
en una investigación histórica y de anticuario. (pp.163-169)

El texto de Newman es muy detallado en consideraciones y ejemplos históricos que revelan su gran erudición, de modo que esta obra es mejor leerla íntegra que comentarla extractando citas, y saltando a una conclusión que no parezca apresurada. Como sea que este pretende ser un resumen de lo esencial, podemos permitirnos ese salto y citar lo que Newman dice en cuanto al pasado y al presente de los otomanos:

Cualesquiera sean las objeciones de detalle que puedan darse contra el informe que he venido haciendo de la barbarie y la civilización… pienso que, si mi informe es correcto en general, el poder turco ciertamente no es civilizado, sino un poder bárbaro. El bárbaro vive sin principio y sin meta; no hace sino reflejar las sucesivas circunstancias externas en las que él mismo se encuentra, y varía con ellas… Vive y muere, y no hace nada sino dejar el mundo como lo encontró. Y así como es el individuo, tal es su entera generación, y como esa generación tal es la anterior y posterior. Ninguna generación puede decir lo que ha estado haciendo; no ha hecho mejor o peor el estado de cosas; difícilmente hay lugar para el retroceso, y ningún tipo de material para el progreso… Estas características de los bárbaros son como los puntos rudimentarios en la pintura de los turcos, tal como están dibujados por aquellos que las han estudiado. (p.183)

En cuanto al futuro de los otomanos, afirma en el último párrafo del libro:

Muchas cosas son posibles, pero una cosa es inconcebible: que los turcos, como nación existente, deban aceptar la civilización moderna; y



Posesiones territoriales otomanas hacia fines del siglo XIX.

que, en ausencia de ello, deban ser capaces de mantenerse firmes en medio de las usurpaciones de Rusia, el interesado y despectivo patronato de Europa, y el odio de sus poblaciones subyugadas. (p.228-229)

Newman no vivió para ver por sí mismo la desaparición del Imperio otomano en 1923, después de la Primera Guerra Mundial, convertido en la República de Turquía.

Es importante traer a colación estos textos de Newman para mostrar el interés de un hombre como él sobre un asunto secular, pero que había tenido y tenía motivaciones religiosas, y había producido una trágica secuencia histórica de invasión y guerras del islamismo contra el cristianismo. La Europa y la misma Inglaterra de la época de Newman se veían ya impregnadas de una creciente indiferencia religiosa que hacía prevalecer sólo los intereses políticos, y su intento fue recordar la historia para mostrar el origen y la verdadera esencia del conflicto. En este sentido, es interesante señalar las conclusiones a las que llega, pensando en el futuro. Newman fue, entre otras cosas, historiador, y escribió muchos ensayos y semblanzas como el que ahora comentamos. El método histórico fue central en su pensamiento, aplicado para dilucidar problemas de gran importancia como el desarrollo de la doctrina en la Iglesia de Roma, que lo llevó hasta las puertas de su conversión. Hoy, cuando la gran mayoría ignora, desestima u olvida la historia pasada, Newman aparece como maestro de la verdad también en esto: hay que conocer los orígenes y sus desarrollos, ya sea del bien como del mal, del mundo y del cristianismo, y entonces tendremos una palabra que decir acerca del presente y del futuro.●—

Letters and Diaries, vol. XXVIII, pp 345-346; 356; 381

Respeto a la religión y respeto al cónyuge…

Comentario y traducción
INÉS DE CASSAGNE

Elegimos tres cartas en las cuales resalta la importancia que otorga Newman a la religión católica en la vida matrimonial: tomada en serio en cuanto tal, como sacramento; por tanto sorprende y conmueve su manera de encarar la difícil cuestión de los casamientos "de mixta religión" y de "disparidad de culto". Respetando esta cualidad intrínsecamente religiosa católica, busca la forma de respetar al otro, y así, adecuándose a los cánones de la Iglesia, de llegar a realizar o descartar el casamiento en cada caso concreto.

Me ha parecido que las tres cartas se complementan y completan al tomar en cuenta tanto las reglas de la Iglesia como los sentimientos humanos, muy concretos y diversos también en cada caso. Firmeza en la verdad en todo momento y comprensión.

A la señora Sconce

El Oratorio, 19 de agosto de 1875

Mi querida Señora Sconce,

El primer caso que Ud. me presenta, es el de un matrimonio de judíos, o sea, disoluble, que fue disuelto por el adulterio de una de las partes. Si entonces esta parte se hace católica, nada le impediría casarse con el católico con el cual adulteró, pero esto sería un escándalo.

Al segundo caso que Ud. me plantea, el de un posible matrimonio judío/católico, le contesto: es inválido porque la "disparidad de religión" es uno de los "impedimentos de forma" para la Iglesia, pero ella, es decir el Papa, tiene potestad sobre tales impedimentos y puede otorgar una dispensa (como suele darse dispensa para el casamiento de primos –que es un "impedimento") . Repito: en el caso que Ud. propone parecería que pudiera darse dispensa al impedimento de disparidad de religión.

Suyo con afecto, John H.Newman

A Sir William Henry Cope

El Oratorio 18 de septiembre de 1875

Mi querido Sir William,

Apreciando su carta, tan franca, natural e inteligente, y su gentileza, respondo a ella con agrado e insistiendo en mi simpatía y gran respeto por su cualidad de escritor.

Pero temo que pueda turbarlo mi respuesta, ya que ésta depende de mí tan poco, o menos, que la de un soldado que está a las órdenes de su comandante. Es así: en Inglaterra ningún católico puede casarse con un protestante, a menos de conseguir la dispensa de su Obispo; y cuando el Obispo la da, es con dos condiciones: 1) que el casamiento tenga lugar sólo en una Iglesia católica, y 2) que los hijos que nazcan sean educados como católicos.

Los sacerdotes tenemos menos poder que los soldados: en caso de desobediencia, se declararía inválido nuestro proceder.

Suyo con afecto, John H.Newman

Justamente, ante tales reglas y condiciones, llama la atención lo que Newman exige de una dama que habiendo hecho un proceso espiritual de conversión, declara estar segura y ansiosa por ser recibida en la Iglesia Católica: la delicadeza de no dar tal paso a la Iglesia Católica sin tener al tanto a su esposo.

A Mrs. William Robinson Clark

El Oratorio, 19 de noviembre 1875

Mi querida Mrs. Clark,

Sólo Dios, que la ha conducido y hecho llegar tan adelante, puede sostenerla en esta gran prueba ante la cual usted se halla. Es muy grande –y el hecho de que otros hayan pasado por ella– por más cierto que sea, no deja de disminuir su magnitud.

Ojalá aliviarla me fuera tan fácil como lo es compartir sus sentimientos: al menos no dejaré de decir misa por usted.

Lamento no tener más que una respuesta a sus preguntas. Usted dice: "Gracias a Dios ya no tengo más dudas acerca de la Fe Católica, creo firmemente que Jesucristo fundó una sola Iglesia cuya cabeza es el Papa." Entonces da un salto para ser recibida en esta Iglesia sin demora.

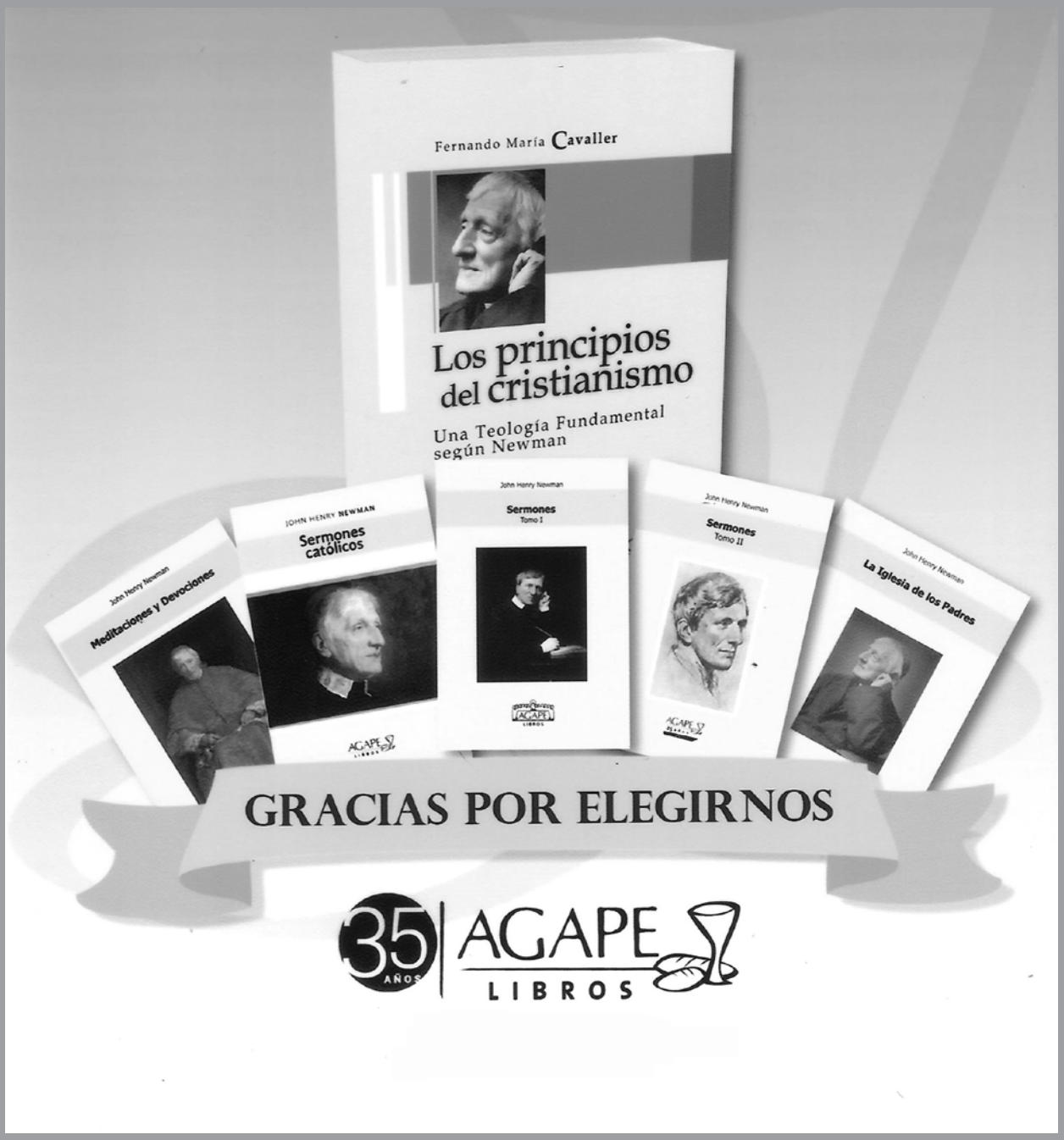
Y aún así, yo pienso que usted *debe* decírselo a su marido. Un acto tan grande como éste, no cabe ocultárselo. Él tiene derecho a reclamarle. Es la manera de confiar en usted, y si actúa sin decírselo, la tendrá por deshonesta.

Ésta es la única manera en que puedo ayudarla. Decirle a usted la verdad.

Y no crea que la dejarán entrar en una iglesia anglicana con sus hijos. Sé que la estoy llamando a un acto heroico al proponerle que se haga católica pero Dios va a ser su sostén y su guía, y la Fuente de paz y gozo que ninguna ayuda humana le puede brindar.

Que Dios la bendiga siempre,

Muy sinceramente suyo, John H. Newman


Fernando María Cavaller
Los principios del cristianismo
Una Teología Fundamental según Newman
John Henry Newman
Meditaciones y Devociones
JOHN HENRY NEWMAN
Sermones católicos
John Henry Newman
Sermones
Tomo I
John Henry Newman
Sermones
Tomo II
John Henry Newman
La Iglesia de los Padres
GRACIAS POR ELEGIRNOS
35 AÑOS
AGAPE
LIBROS

"En Su venida al fin del mundo, todos nuestros deseos y oraciones descansarán y serán consumadas, y en Su comunión presente tenemos un sostén y un consuelo mientras tanto, juntando el pasado y el futuro, recordándonos que Él ha venido una vez y prometiéndonos que vendrá de nuevo… La naturaleza falla, el sol no brilla, la luna se oscurece, las estrellas caen del cielo, y los cimientos del redondo mundo se estremecen. Pero la luz del Altar arde con más brillo; hay cosas allí que muchos no pueden ver, y por encima de los tumultos de la tierra se escucha el mandato de proclamar la muerte del Señor y la promesa de que está viniendo".

(La asistencia a la Santa Comunión, PPS VII,11, 1831)

9 770327 587690 78